

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Proposición condenada por la Santa Sede:

«Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recenti civitate sese reconciliare et componere.»

DIARIO DE LA TARDE.

Proposición condenada por la Santa Sede.

«El Romano Pontifex puede y debe reconciliarse y avenirse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna.»

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 12 rs. al mes y 34 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 30 rs. trimestre.—En Ultramar: 30 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, número 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, López, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

## PARTE EXTRANJERA.

Aun cuando los asuntos del gran reino y los de Alemania, y de Grecia, y del Danubio, y de Polonia y de América, en una palabra, los de todas las partes del mundo, lejos de haber adelantado un paso hacia una solución pacífica y conveniente, se enredan de día en día, dando todos ellos y cada uno de por sí causa sobrada para temores generales, sucede sin embargo que de la Enciclica hablan casi exclusivamente todos los periódicos de Europa desde que se publicó, y, por las señas, de la Enciclica seguirán hablando durante mucho tiempo.

El ser este tema principal de las tareas periodísticas, prueba que también lo es para las cavilaciones más áridas de los Gobiernos; y si Napoleón III se resuelve a decir algo de sustancia cuando inaugure las sesiones de su Senado y Cuerpo legislativo, de la Enciclica hablará, por más que, como dice un telegrama, tome pie en el desengaño que está ofreciendo el Episcopado francés a su cesárea omnipotencia.

Qué dirá S. I. M., no es fácil de adivinar, pues aun cuando sus periodistas del departamento de la impiedad fiera están desempeñando el papel de concitadores contra Roma, cuyo abandono le recomiendan como el mejor y más justo castigo de la ingratitude y rebeldía del Papa, Napoleón III sabe que este partido no le conviene, y a sabiendas no hace S. I. M. ninguna tontería, ni mucho menos la dice.

En nuestra opinión, la cesárea autoridad, si al fin habla de esto, procurará envolverse en el manto de la magestad ofendida, porque no ve estimados y recompensados sus favores, pero resuelta, sin embargo, a seguir pagando con favores, ingratitudes y desdenes. En el número último que hemos recibido de la *France*, vemos al Sr. Lagueronniere apuntar este registro, que es sin duda alguna el adecuado a las grandes sonatas imperiales, y el que concordará mejor con las necesidades de los tiempos.

En efecto, la tenaz campaña emprendida hace algunos años para descatalogar a Francia, y las recientes guerrillas para resucitar el galicanismo, han sido expedientes cuya inutilidad ha quedado reconocida y demostrada; por lo cual el remedio más indicado parece que es el poner al mal tiempo la mejor cara posible.

Ya que hemos mencionado las guerrillas galicanas, aprovecharemos la ocasión para trasladar algunas noticias que nos dan los periódicos extranjeros del por qué han salido ahora estos guerrilleros tan mal parados.

Pocos días hace, que el Sr. Gueroult, uno de los familiares del Príncipe Napoleón y director de la *Opinion nacional*, dirigía a S. M. el Emperador de los franceses una humilde y respetuosa petición. Suplicábale que convocase un Concilio nacional en que el Clero francés respondiese a las insolencias de la Enciclica por medio de una protesta solemne.

Desgraciadamente para Mr. Gueroult, uno de sus hermanos en liberalismo, si en cesarismo, ha revelado, con pormenores acerca de la publicación de la Enciclica, las causas mediáticas del fracaso galicano y de la desanimación que ha cundido en toda la galicana línea.

El Correo del Domingo, que es el hermano a quien aludimos, se explica así:

«El Episcopado del mundo entero, excepto quizá dos Obispos napolitanos en abierta oposición con Roma, ha sido consultado acerca de las 80 proposiciones condenadas. Los 80 errores, ó mas bien 82, (porque había primitivamente otras dos proposiciones relativas al poder temporal) impresas ya hace un año, han sido reunidas á todos los Obispos con el encargo de que diesen acerca de ellas su dictamen. Además un considerable número de Obispos concilian ya la mayor parte, casi la totalidad de las proposiciones por que los fueron comunicadas en Roma en Junio de 1862.

«El Pontífice, pues, en esta ocasión no ha obrado sin consultar al Episcopado.

«¿Y cuál ha sido el consejo del Episcopado?

«La persona que me escribe de Roma sobre este asunto, me asegura que ha visto el enorme legajo de la correspondencia episcopal, y también me asegura que la adhesión es unánime acerca de las proposiciones más escabrosas, como son el derecho inquisitorial, el fuero eclesiástico, la no conciliación con el progreso, etc.

«En cuanto á Francia, entre los siete Cardenales (incluido monseñor Morlot) los quince Arzobispos y los sesenta y nueve Obispos, sólo ha habido tres que han aconsejado algunas enmiendas en los puntos relativos á la libertad de Cultos y á las relaciones de la Iglesia con el poder civil, pero aún acerca de estos puntos se han aceptado los principios; y en cuanto al restablecimiento de tribunales eclesiásticos, en cuanto al derecho de inquisición, y á la proposición 80 acerca del progreso, etc., la adhesión del Episcopado francés, ha sido unánime.

«Esto es lo que me escribe una persona digna del mayor crédito, un Eclesiástico que está en el caso de saber la verdad.»

Advertidos nuestros lectores de que el Correo

del Domingo comparte con la Europa de Francofort y la Independencia belga los cuidados de guiar é ilustrar la opinión pública, entre las escabrosas sinuosidades del liberalismo habrán descubierto el testimonio que este liberal ofrece de la unidad católica, la explicación de la campaña desdichada que acaba de hacer en Francia el galicanismo, y casi casi hasta la revelación de las palabras que Napoleón dirá dirigiéndose á su Senado y Cuerpo legislativo.

Dando por realidades sus deseos, el periodismo del departamento conciliadoresco bonapartista decía, y repetían aquí en España *El Contemporáneo* y otros individuos de la conciliadoresca familia, que los católicos constitucionales de Bélgica no aprobaban la Enciclica. La *Independencia belga* quiso sacar por profetas á sus amigos, y se aventuró hasta suponer que, en efecto, existía divergencia de pareceres sobre punto tan capital, entre el *Bien Público* y el *Journal de Bruxelles*, diario este último reputado como órgano genuino de aquellos católicos.

Por esta vez la habilidad de los hábiles ha quedado tan deslucida, como se verá en las siguientes palabras del *Journal de Bruxelles*:

«Nosotros nos adherimos firmemente, dice el expresado diario, á las declaraciones doctrinales de la Enciclica, con la alegría profunda que inspira una fe sumisa y con el orgullo legítimo de una razón plenamente convencida, y que se rie y desdena todo ese ruido que mueven la prensa y los sabios contrabaches ante una luz que ofende su vista y ciega sus ojos.»

El *Bien Público*, por su parte, dice en Bélgica, como nosotros decimos en España, que le den una sociedad católica y un Gobierno que gobierne católicamente, y con mucho gusto da á quien quiera, y pueda, plena facultad para elegir la forma externa con que el Gobierno gobierne y la sociedad sea gobernada.

De negociador diplomático nos ha dicho el telegrama que ha ido á Viena el Príncipe Federico Carlos de Prusia: nosotros hemos llevado la contraria, y por lo visto el Príncipe también, cuando por secretario ha llevado á Viena al general Moltke.

### TELEGRAMAS.

PARIS, 20.

En la Cámara de los diputados de Viena, habiéndose vituperado al ministerio acerca de una cuestión sobre administración de la Hacienda pública, el ministro Plessen declaró que el Gobierno podía tomar en consideración los votos del Reichsrath, pero que estos votos á nada le obligaban.

Mr. Skim, bajo la impresión de esta comunicación, propuso que se levantara la sesión.

Un rescripto imperial expresa la intención de convocar la Dieta de Croacia en la primavera próxima.

La correspondencia general de Viena dice que el Emperador no ha aceptado la petición de Mr. Plessen, porque no quiere admitir ninguna manifestación política acerca de los negocios que atañen á los Ducados.

RAGUSA, 16.

Los cristianos de Bosnia se muestran muy alarmados por la llegada á este país de las hordas circasianas, que, rechazadas por los rusos, van á establecerse en sus fértiles llanuras, protegidas por el Gobierno turco, aumentando así considerablemente el número de los mahometanos fanáticos.

Muchos propietarios de Bosnia y Bulgaria, venden sus propiedades para abandonar el país.

BERLIN, 18.

Reina aquí gran inquietud, causada por el antagonismo de la Cámara popular con el Gobierno. Este sólo tiene en favor suyo veinte diputados del partido feudal. Si la Cámara se disuelve, es indudable que el Gobierno sufrirá una nueva derrota.

El mismo partido feudal está en extremo alarmado, porque comprende que no es posible gobernar teniendo en contra todas las fuerzas vitales del país.

PARIS, 20.

En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, á 41 7/8; el 3 exterior, á 00 0/0; la diferencia, á 41 0/0; la amortizable, á 00 0/0; el 3 por 100 francés, á 67-00, y el 4 1/2, á 95-95.

LONDRES, 20.

Los consolidados ingleses quedaban de 89 7/8 á 90.

Hé aquí la carta que el Sr. Obispo de Nimes ha dirigido al ministro francés, carta que dió lugar días pasados á aquella hábil confusión del telegrama, y cuya publicación ha valido una advertencia á la *Gaceta del Mediodía*:

Roma, extramuros de la puerta Flaminia, 6 de Enero de 1865.

«Señor ministro: El *Moniteur* acaba de traerme la circular dirigida por V. E. con fecha del 1.º de Enero á todos los Arzobispos y Obispos de Francia con motivo de la última Enciclica y del *Syllabus* que va anejo á ella. Era difícil inaugurar un nuevo año con un acto más doloroso, y que encerrara un presagio más amenazador, y por mi parte me apresuro á unir las francas y respetuosas observaciones que su lectura me ha sugerido á las de aquellos de entre mis venerables colegas que se han apresurado á someterlas á V. E.

Lamento ante todo la insistencia con la cual el Gobierno mantiene en vigor los artículos orgánicos. Digno hubiera sido del Emperador abolir esa obra, por

todo encarecimiento lamentable, de su tío, borrando el triste surco que ha dejado en los asuntos religiosos de nuestra época. Si las grandes ocupaciones de V. E. le hubieran permitido estudiar, con la verdadera luz de la historia y del derecho canónico, esa ley de principios del siglo, hubiera visto que fué poco leal en su origen, puesto que modificaba el Concordato, es decir, un contrato bilateral, sin el consentimiento y aun sin oír la opinión de una de las partes interesadas; hubiera visto que por ella el primer cónsul, en el momento en que parecía romper los hierros de la Iglesia de Francia con una mano, con la otra la volvía á sumir en la servidumbre; hubiera visto, en fin, que la Santa Sede, que no fué consultada nunca, no sólo la rechazó desde el principio, sino que la condenó por contener disposiciones incompatibles con los derechos esenciales de que se halla divinamente investida para gobernar al pueblo cristiano.

Por todos estos títulos, en vez de prevalecer de ellas contra las Enciclicas emanadas de Roma, el Gobierno debía dejar que esas leyes durmieran al lado de otros tantos decretos cismáticos ó paganos como han brotado entre nosotros en estos días de vértigo, días en los que la hija primogénita de la Iglesia sólo pensaba en forjar cadenas y acero contra su madre, esclavizándola.

Por lo demás, señor ministro, sean las que quieran las doctrinas de V. E. sobre este asunto, hay un hecho cierto, y es el de que vuestra circular, lo mismo que los artículos orgánicos que la han inspirado, se halla condenada por los actos mismos cuya publicación prohíbe, y que entre esas dos sentencias que chocan la una con la otra, el universo católico no vacilará: se decidirá por la Enciclica. Dicho sea esto respecto de la ley en la que V. E. se funda para enviar al Consejo de Estado la Carta pontificia que concede al mundo un nuevo jubileo.

Por otra parte: ¿cuál es el tribunal al que la habeis sometido? Seguramente el Consejo de Estado es un cuerpo muy respetable, pero dos cosas me chocan en él: 1.º, que bajo el punto de vista religioso puede componerse de elementos heterogéneos; 2.º, que en él las cuestiones se deciden probablemente por mayoría de votos después de una discusión más ó menos larga. Pues bien: hé aquí al Consejo de Estado juzgando de la última Enciclica, y presentándose el singular espectáculo de que protestantes, judíos, cismáticos, y cuando menos racionalistas, decidan sobre si Pío IX ha tenido ó no razón para conceder un nuevo jubileo. Aunque esos jueces fueran todos católicos sinceros, verdaderamente sinceros, siendo como son simples seglares, sería extraño verles discutir un acto espiritual, puramente espiritual del Pastor Supremo; pero es aun más extraño someter ese acto á la fiscalización y á la autorización de juriconsultos disidentes ó que no creen en el Evangelio.

Si el Soberano Pontífice sucumbe en esta deliberación, acaso será un luterano el que le condene, y si triunfa, acaso deba su triunfo á un israelita. Y así el triunfo protestante ó la sinagoga judaica deciden como por derecho propio sobre lo que al Papa conviene.

Podría multiplicar las observaciones sobre esta primera parte de la circular y sobre la autorización que en ella se nos promete; pero aun fijarme en la otra parte, que es más alicativa aún que la ya señalada.

Vemos por de pronto en ella á un ministro de Cultos que se dirige á todos los Obispos del Imperio, y que lo hace, no por una carta confidencial, sino por una carta que se inserta en el *Moniteur*. En pocas horas el telegrama eléctrico lleva esa carta, no sólo á todos los puntos de Francia, sino á todos los de la Europa; y muy luego los periódicos de todos los colores llegan con la rapidez del rayo, y dan á todas las naciones el texto de ese documento cuyo resumen ya conocían.

Y ¿qué se lee en esa carta? Se lee que el ministro católico de un Emperador católico afirma á la faz del mundo que Pío IX ha proclamado en sus últimos actos proposiciones contrarias á los principios sobre los cuales descansa la Constitución del Imperio. ¿Y prueba? Ninguna.

El caso es que después de una acusación gratuita se prohibe á los Obispos justificar al Soberano Pontífice cuyos actos se censuran libremente. ¿Será posible que el peor de los periodistas tenga el derecho de publicar la Enciclica parodiándola, escarneciéndola y deduciendo de ella consecuencias absurdas, y no se nos permitirá á nosotros imprimirla para presentarla á los pueblos en su verdadero sentido y demostrar que en ella no hay rastro ni señal de cuanto maliciosamente se le atribuye? Sépase, pues, que nuestras Pastorales alcanzan menos favor que los diarios escépticos y revolucionarios. El mundo y el porvenir juzgarán semejante proceder.

Y en qué sazón, ¿en qué momento se prohibe á los Obispos la publicación de la Enciclica? Como si dijéramos al otro día del convenio de 15 de Setiembre. Todavía están tristemente conmovidas las almas católicas por la impresión que les causara ese convenio y los despachos que han ensayado explicarlo y justificarlo, y los debates parlamentarios de Turin que lo han esclarecido en todos sus aspectos.

No era menester tan intencionada estrategia para llevar la allicción y excitar inquietudes en los ánimos ligados en Francia y el mundo católico á la Santa Sede. Para aliviar nuestro dolor y calmar nuestras alarmas, ha establecido como un nuevo rayo la circular de V. E. ¿Qué podemos esperar ya en adelante?

En cuanto al fondo, señor ministro, sabido es que V. E. no ha recibido misión ni gracia para comprender á interpretar la Enciclica y el *Syllabus*. Este derecho y esta misión, la tienen únicamente los Obispos; y al querer V. E. apropiarse esta prerrogativa, no ha hecho más que desconocer el verdadero tenor de la

carta pontificia. Ni una sola proposición hay contraria á los principios en que descansa la Constitución del Imperio.

Si hay alguna cosa que admira, es la soberana circunspección con que el Padre Santo ha pasado por alto los atentados del Piamonte, y ha evitado tocar cuestiones de hecho, para encerrarse en cuestiones de doctrina; y ninguna proposición en los términos en que está concebida, es inconciliable con las bases de nuestra Constitución. No tiene más que volver á leer V. E. el texto pontificio que sin duda ha ojeado muy rápidamente, para convencerse de la evidente justicia de cuanto tengo el honor de asegurar. Confieso desde luego, que no comprendo ni comprenderé jamás, á pesar de lo que dice V. E., el que no pueda autorizarse la publicación de esos documentos.

Al hablar así, señor ministro, no faltó á las nobles tradiciones de la Iglesia de Francia. Yo he leído y releído las *Memorias* admirables de su antiguo Clero, y he visto que cuando en tiempo de Luis XIV ó en el último siglo, el poder Real ó los Parlamentos se oponían á la publicación de una bula venida de Roma, los Obispos protestaban con tanto valor como unanimidad contra esas usurpaciones del poder temporal atentatorias del poder espiritual de la Iglesia.

Si esos grandes Pontífices vivieran en nuestros días, hablarían el mismo lenguaje, y la carta firmada por V. E. serviría para probar cuánto era su energía en defender los derechos divinos é inalienables de la autoridad de la Santa Sede. Ahí teneis, señor ministro, el sentido exacto de sus máximas. Nada tienen de común con las que prevalecen hoy para impedir que la palabra del sucesor de Pedro llegue á los pueblos cuya enseñanza le está encomendada.

El caso es que ese rigor, después de todo, es tan inútil como poco justificado. Las doctrinas proclamadas por Pío IX en la Enciclica reprobada por el Gobierno, han sido ya promulgadas más de una vez, y los errores que señala han sido también condenados. Hay más todavía, y es que el Padre Santo no pronuncia ninguna censura contra las ochenta proposiciones que contiene el *Syllabus*, y se refiere en este punto á sus Alocuciones y Enciclicas anteriores. Todos esos actos son, hace más ó menos tiempo de todos conocidos: las enseñanzas que encierran han sido admitidas por la Iglesia entera, son desde el momento que se publican una ley; y ni la circular de V. E. ni las decisiones del Consejo de Estado serán bastante á sustraer á los católicos de Francia de la obligación que tiene de someterse á ella. Esta es una doctrina incontestable, aun después de las antiguas máximas de la Iglesia galicana.

Resta decir dos palabras sobre la recomendación que nos invitáis á hacer al Clero de nuestras respectivas diócesis. Menester es exhortarlo á la prudencia, no hay duda ninguna; pues la carta de V. E. nos hace temer no haya fundados motivos para darle ese consejo. Pero lo que yo no comprendo bien, es qué signifiquen esas interpretaciones lamentables contra las que debemos advertirle que se precaba. Respecto de esto, no puedo decir más que una cosa; que me es absolutamente imposible inducir á mi Clero á que tenga por legítimas la circular de V. E. y las interpretaciones del Consejo de Estado.

Hasta cuándo, señor ministro, estará ciego el Gobierno Imperial, para no ver dónde están sus verdaderos peligros, y dónde está su salvación! Los verdaderos peligros están en esa prensa atea y licenciosa que mina sordamente los fundamentos de la sociedad á la sombra del Trono; los verdaderos peligros están en los corruptores de la conciencia pública; no en la Enciclica, cuyas doctrinas y condenaciones tomadas al pie de la letra harían revivir de una juventud eterna los Estados y las dinastías. Y sin embargo, con la primera (la prensa) el Gobierno usa siempre de una tolerancia sin límites, dejándole proseguir á su placer su obra de demolición con tal que no toque á la familia Imperial. Pero contra la Enciclica está inexorable. Pone monte sobre monte, lanza amenaza sobre amenaza para impedir que los Obispos la publiquen.

Os conjuramos, señor ministro, á que seáis más fiel á vuestro propio lenguaje. Tanto V. E. como vuestros respetables colegas, nos estáis hablando de progreso; decís que á tiempos nuevos, espíritu nuevo, y se exceptúa constantemente de esta regla á la Iglesia. ¿Se trata de arrebatarle los privilegios que le había concedido la arbitrariedad de los siglos? Entonces se invocan los tiempos nuevos. ¿Se trata de privarla el ejercicio de sus derechos? Entonces se invocan los tiempos antiguos.

«Más lógico y más glorioso sería para V. E. romper con ese sistema... El Gobierno imperial puede ganarlo todo con eso. El gran deber de los poderes de la tierra, es el de dar y asegurar á la Iglesia de Jesucristo la plenitud de su independencia.»

«En ninguna parte se comprende mejor esto que en Roma, donde la familia del Emperador, proscrita por la Europa entera, recibió en otro tiempo á la sombra del Vaticano, que todo lo había perdonado, la hospitalidad más generosa y paternal.

«Dignaos admitir, señor ministro, la seguridad de mis sentimientos, etc.—El Obispo de Nimes.»

Recomendamos muy especialmente al Gobierno, que está pensando en entregar la Enciclica al Consejo de Estado, la lectura de las cartas que vamos transcribiendo.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 21 DE ENERO DE 1865.

El Sr. Aparisi y Guizarro, en su enmienda al proyecto de mensaje, afirma que el pueblo es-

pañol ha llegado al borde del abismo, y que es necesario salvarlo retrocediendo. Afirma igualmente que es necesario salvar la libertad, aspiración en todos tiempos de las almas generosas.

Y de resultados, tenemos hoy á *La Discusión* ocupada en demostrar que el Sr. Aparisi no puede pedir el retroceso ni la libertad sin incurrir en los anatemas de la Enciclica que él mismo defiende.

¿Por qué? Véase cómo raciona la razón democrática. Sobre el primero de aquellos puntos argumenta así *La Discusión*:

«Convengamos en que el pueblo español ha llegado al borde del abismo; que lo presente es lo peor. Si esto es lo cierto, lo mejor está indudablemente en lo pasado ó en lo futuro. Nosotros creemos que está en el futuro; el Sr. Aparisi cree que está en el pasado. Prescindamos ahora de quién tiene razón. Pero lo indudable, lo positivo, es que para salir de un estado malo y llegar á otro mejor, esté detrás ó esté delante, á la izquierda ó á la derecha, es de todo punto indispensable progresar. El retroceso, en este caso, es un verdadero progreso. El Sr. Aparisi, pues, quiere el progreso, ama al progreso.

Ahora bien: el progreso ha sido terminantemente condenado por Pío IX en su última Enciclica; luego el Sr. Aparisi y Guizarro es hostil á Pío IX, ha incurrido en su condenación.»

¡Qué abuso tan deplorable de las ideas y de las palabras! Hemos vuelto á tiempos babilónicos en que, confundidas todas las lenguas, ántes de emplear la palabra de más claro sentido se necesita todo un debate para definirla; y como los términos mismos que en el debate se empleen, hay también que irlos definiendo, resulta de todo punto imposible entenderse.

La palabra *progresar*, en su significación directa, usual y corriente, ora se tome en sentido literal, ora en sentido metafórico, no expresa otra cosa sino el mero hecho de ir adelante, de avanzar respecto de cualquier materia.

Así, por ejemplo, en el orden físico, el viaje que da un paso hacia el término de su viaje, ha progresado; el que deseando retroceder á su punto de partida, da un paso en esta dirección, ha progresado también en el camino del retroceso.

Del propio modo, en el orden moral, el hombre que hoy es bueno y mañana es mejor, ha progresado en el camino del bien; así como el hombre que hoy es malo y mañana es peor, ha progresado en el camino del mal.

Es decir que, originaria, etimológicamente examinada la palabra *progreso*, ora se aplique al orden físico, ora al moral, no envuelve otra idea sino la de movimiento que se aproxima á un término dado.

Pero es el caso que esta palabra, cogida como tantas otras por el filosofismo babilónico para desnaturalizarla, ha llegado á tomar puesto en el vocabulario del racionalismo, para dar nombre á un sistema, que efectivamente, en el catálogo de las modernas escuelas revolucionarias, se llama *progreso*, así como á sus sectarios se llama en común *escuela progresista*.

Y ¿qué cosa supone y proclama esta tal escuela con ese símbolo del progreso?—Pues supone y proclama tres cosas:

1.º Que ó se ignora el origen del hombre, ó se sabe que no procede sino de sí mismo, ó que es más bien una de las manifestaciones de la sustancia infinita, y por consiguiente que es un ser no creado, no nacido, no hecho en el tiempo, sino real y sustancialmente eterno como la naturaleza.—Tal es, respecto del hombre, el supuesto de todas las escuelas *pantheistas* que escriben en su bandera el lema del progreso.

2.º Que así como el hombre no tiene principio, tampoco tiene fin. Este supuesto es lógico y necesario, en cuanto se afirme la eternidad del hombre.

3.º Que siendo el hombre un ser sin principio ni fin, es decir, eterno, y sin embargo, destinado á desarrollarse, á desenvolverse en el tiempo, obedece á una doble ley, á saber: según su eternidad, es un ser divino, y por consiguiente, perfectísimo; pero también, según la condición que constituye á este ser eterno en la necesidad de desarrollarse en el tiempo, su perfección no consiste en poseer actualmente la plenitud de los atributos del ser perfecto, sino en irle alcanzando sin mengua ni retroceso por medio de un progreso indefinido, continuo y necesario hacia la perfección.

En suma, este conjunto de contradicciones y blasfemias de la escuela *progresista* tiene como supuesto fundamental el puro *naturalismo*, la negación de Dios, la divinización del hombre, y por consiguiente, su independencia absoluta de toda ley anterior y superior á él.

Este progreso, tan absurdo como impío, es lo condenado por el Papa. No condena su Santidad (¿quién puede ni aun imaginar semejante desatino?) aquel legítimo acrecentamiento de bienes materiales y morales á que debe aspirar toda sociedad humana lo propio que todo hom-



bre, sino el sistema panteísta, naturalista, racionalista, en fin, que profesan y apellidan en común todas las escuelas de libres pensadores bajo el equívoco nombre de progreso.

Y aquí tiene *La Discusión* cómo el Sr. Aparisi y todos los católicos pueden pedir aquel progreso que consiste en retroceder de las ideas falsas y perversas hoy dominantes, á las ideas verdaderas y sanas que nuestros católicos padres profesaron. Indudablemente, hecho esto, habríamos obtenido un progreso, es decir, habríamos dado un paso en el camino de la verdad y del bien; y dado este paso, habríamos abandonado ese progreso racionalista, absurdo é impío condenado por el Papa.

Deshecho así el primer sofisma de *La Discusión*, consistente en tomar la palabra progreso, no en su sentido gramatical y aun rectamente filosófico, sino en la acepción panteísta, que es la condenada por el Papa, fácilmente se destruye el segundo de los sofismas que *La Discusión* formula así:

«El Sr. Aparisi quiere que se salve la libertad, porque es, en todos tiempos, la aspiración de las almas generosas. El Sr. Aparisi quiere ser hombre libre. A los hombres que quieren la libertad, se les llama liberales; luego el Sr. Aparisi es liberal. Es así que el liberalismo se halla condenado igualmente por Pío IX; luego el Sr. Aparisi incurre en este error, se ha hecho acreedor á los anatemas de Pío IX.»

Aquí el sofisma es más patente, porque los términos son más claros. Consiste en suponer que el conjunto de errores y de crímenes, teórica y prácticamente conocido bajo el específico nombre de liberalismo, es la libertad.

Sobre esto hemos dicho ya tanto que sería ocioso repetirlo. Bajo el nombre de liberalismo el Padre Santo no condena la libertad, exactamente como bajo el nombre de socialismo no condena la sociedad, ni bajo el nombre de comunismo condena la comunión ó la comunidad, ni bajo el nombre de racionalismo condena la razón, ni bajo el nombre de naturalismo condena la naturaleza.

Y sigue *La Discusión* sofisticando:

«Sólo hay un escape; sólo se salvan las consecuencias distinguiendo el verdadero progreso del falso progreso; la verdadera libertad de la falsa libertad. Sólo así, repetimos, pudiera evadirse el Sr. Aparisi de nuestras conclusiones. Pero, después de lo que han manifestado el *Monde* de París y el *Pensamiento Español*, no hay lugar á semejantes distinciones.

«Dicen ámbos periódicos: «En vano se querrá tergiversar este negocio *hacen* las distinciones entre liberal verdadero y liberal falso: el Papa no las hace. Y de hecho sería difícil saber cuál de esos dos liberalismos es peor. A nadie es lícito desentenderse del fallo de la Iglesia poniendo excepciones donde la Iglesia no las ha puesto.»

El Papa ha condenado en absoluto el liberalismo (que es de lo que únicamente han hablado el *Monde* y el *Pensamiento*) porque esa es una palabra de sentido fijo, claro, no sujeto á interpretación ni tergiversación alguna; palabra engendradora ex-petere y usada perpetuamente en el lenguaje común, no para designar, como *La Discusión* dice, á los hombres que quieren la libertad, sino el conjunto de errores profesados y de crímenes cometidos por los liberales, no llamándose ni habiéndose llamado liberales sino á la que profesan esos errores y cometen esos crímenes.

Pero no sucede así con la palabra progreso. En esta sí que cabe distinguir el verdadero del falso; y la razón está en que con ella no sucede lo que con la palabra liberalismo, la cual nació y vive significando una sola y misma cosa, mientras la palabra progreso, tan antigua por lo menos como la lengua latina á que pertenece, ha sido desviada de su verdadero y legítimo sentido por las escuelas revolucionarias que han hecho de ella el símbolo de un sistema impío y absurdo.

En resumen. Al condenar el liberalismo sin distinciones ni excepciones, el Papa condena el conjunto de errores y crímenes conocidos con ese nombre, del propio modo que bajo el nombre de panteísmo, por ejemplo, condena toda doctrina fundada en el impío y absurdo supuesto de que Dios es todo, y de que todo es Dios.

Del propio modo, al condenar el Papa el progreso, no ha condenado el adelantamiento hácia el bien, sino el sistema que los racionalistas designan usurpando al lenguaje común esa palabra para adular y falsificar su genuina significación.

Déjese, pues, *La Discusión* de sofisterías que no honran ni á la franqueza de sus doctrinas ni á su ingenio siquiera. El torqueto que ha querido dar á las palabras del Sr. Aparisi, puede ser un recreo de escolar ó un pase de prestidigitador, nunca una argumentación ni aun de sofistas que quieran embaucar al auditorio.

GAVINO TEJADO.

## OFRENDAS A SU SANTIDAD.

MONTELLA. Juan Udal, 4 rs.

TORO. Kyrie eleison.—Señor, tened piedad de nosotros. Jesús y María. Concededme vuestra gracia para continuar y concluir la devoción que hoy os ofrezco, de recordar el día 20 de cada mes uno de los sesenta títulos de la Santa Letanía; en premio concededme para ello la gracia de librarme de la red que sin cesar nos tiende Satanás.—L. R. J., mensual, 6 rs.

PUEBLA DE SANABRIA. Virgo potens, ora pro nobis.—Oye, Virgen piadosa, la humilde súplica, que demandando tusana protección, y el consuelo y triunfo del venerable anciano Pío IX, te hace una señorita humilde hija vuestra, 11 rs.—Un hijo de María, 4 rs.—Manuel Pesquero Gonzalez, mensual, 20 rs.

SANTIAGO. José Lago y Nuñez, 12 rs.

REUS. Pequeña ofrenda al Papa, pero con mucha voluntad. ¡Viva Pío IX!—Un católico pobre, pero joven y robusto, que está pronto á morir en defensa de vuestra santa causa, que es la de la verdadera civilización y de la verdadera libertad.—F. A. F., 24 cuartos.

CALATAYUD. Un católico, 40 rs.—Manuela Lorenzo, 4 rs.—Una devota, 4 rs.

*La Discusión* agota hoy todo el diccionario de denuestos democrático-socialistas contra el Pensamiento Español, porque ayer dijimos que ella deploraba que Proudhon hubiese muerto pobre.

No sabemos el por qué de toda esa irritación.

Nosotros hemos usado del verbo deplorar, en su acepción más castiza, que no es otra sino «compadecerse de alguno, ó sentir mucho alguna cosa.»

«Era por ventura otra cosa la que quiso consignar *La Discusión*, cuando notó el hecho de que un hombre del mérito que, á su juicio, tenía Proudhon, hubiera muerto pobre?

Por lo demás, que nosotros, que consideramos una calamidad el planteamiento de ideas que arrancan de una afirmación tan monstruosa como la de «la propiedad es el robo,» deseamos que aquellas, ya que hemos tenido la desgracia de verlas formuladas, se sepulten con los hombres que las proclamaron, cosa es que la autónoma *Discusión* no negará el derecho de manifestar.

Que á ella no le parezca bien, lo comprendemos; pero esta es la diferencia entre los que no pertenecemos á la academia socialista proudhoniana de la calle de la Justa, y los que forman parte de aquella disolvente corporación.

En un artículo que publicó *La Iberia* días pasados sobre exequatur, lleno de indigesta erudición febroniana, y noticias apócrifas sobre Papas que supone engañados, encontramos varias noticias peregrinas, tal como la estupenda de que los Reyes godos ejercieron el exequatur.

¿Querrá *La Iberia* hacernos el favor de citar una Bula, una sola, retenida por algún Rey visigodo?

¿Se retractará *La Iberia* si después le probamos que varias Bulas de aquel tiempo las ignoraron los Reyes?

No es ménos estupenda la noticia de que para matar las regalías sólo hay un medio, que es la libertad de cultos. Pues qué, ¿en Francia no hay libertad de cultos? ¿No la hay en Prusia, donde los llamados progresistas, que lo son, como los de España, por anti-frasis, han pedido al Gobierno protestante la retención de la Enciclica? Pues si no hay otro medio, medrado está el progresismo español.

Los demócratas, más listos que los progresistas y que en su día harán del progresismo merienda de negros, han hallado otro medio mejor que el de la libertad de cultos; y se reduce á no creer en Dios y negarle todo culto.

Nosotros hemos hallado otro medio mejor, que es, matar las leyes malas y enterrarlas para que no apuesten.

Lo demás del artículo de *La Iberia* y de otros que se han publicado estos días, no merecen contestación. ¿Quién tiene fuerza bastante para contestar á errores que suponen una carencia absoluta de conocimientos canónicos? Tendríamos que llenar casi todas las columnas de nuestro periódico, en combatir errores que basta el sentido común para refutarlos.

Necesitaríamos muchas más columnas de las que tiene nuestro periódico, si, como decimos en otro lugar, hubiéramos de detenernos á rebatir las mil sandeces que diariamente desembuchan los periódicos liberales al tratar de la Enciclica y del exequatur y en general de las cuestiones de derecho canónico á que siempre fueron muy aficionados, especialmente los progresistas.

Uno de estos días, el decano de los periódicos de esta comunión, inserta un párrafo que comienza diciendo que «con dos palabras va á contestar á los periódicos neos en la cuestión del exequatur de las bulas,» y todo su argumento se reduce á decir que en los países donde hay libertad de cultos la publicación de las bulas debe ser libre, y en aquellos en que no se disfruta de esa ganga, las bulas deben someterse á la autoridad civil. La razón de diferencia está, según *Las Novedades*, en que en estos últimos, las bulas hablan á la conciencia del que quiere cumplir los preceptos bularios; «pero en los países en que el Gobierno es católico, y la Religión es una ley del Estado, los Obispos, además de su carácter sagrado, tienen el de altos funcionarios, protegidos por las leyes, y las bulas admitidas son leyes del país.»

Notaremos en primer lugar, que en los países en que hay libertad de cultos como en los que por fortuna han rechazado hasta hoy este precioso regalo del liberalismo, las bulas hablan, no á la conciencia del que quiere cumplirlas, sino á la conciencia de los que quieren y de los que no quieren, y según las cumplan ó dejen de cumplirlas, obedecerán ó no á Jesucristo que ha dicho á los Apóstoles y sus sucesores: Qui vos audit me audit; qui vos spernit me spernit.

Lo de preceptos bularios debe pertenecer á la tecnología canónica del género progresista que nosotros tenemos el gusto de no conocer, pero se nos antoja que valdrá tanto como decir en derecho civil leyes decretíferas; y lo de que los Obispos son funcionarios públicos, es otra libelada muy propia de *Las Novedades*. Funcio-

nario público entendemos nosotros que se llama al que ejerce funciones públicas mediante retribución del Estado; y como el Estado nada dá á los reverendos Obispos, por esta y por otras mil consideraciones, entre otras la de que independientemente del Estado los Obispos tienen una consideración superior á la de funcionarios, rechazamos este nuevo carácter que quiere regalarles el progreso.

Viniendo á la razón que, según *Las Novedades*, exige que las Bulas sean antes de su publicación conocidas y examinadas por el poder civil, contestaremos sencillamente que han informado mal á *Las Novedades* cuando la han dicho que las Bulas admitidas son leyes del país, y en prueba de ello, podemos asegurar al órgano progresista y él comprobarlo, que de cada cien Bulas habrá una que sea ley. Ni hay para que lo sean; y si no, díganlos *Las Novedades*: ¿en qué concepto ha de admitirse como ley del Estado la última Enciclica de Su Santidad, que es puramente doctrinal? ¿Qué actos han de regirse por la Enciclica que condena errores sobre puntos de doctrina? Pues por esta y otras razones, las Bulas, admitidas ó no, no son leyes civiles en su inmensa mayoría.

Mucho convendría que *Las Novedades* y otros de sus colegas estudiaran algunos cursos de derecho canónico, á antes de hablar de ciertas cosas.

Nuestros respetables Cuerpos colegisladores se van volviendo escuelas, donde conviene mandar á los niños para que aprendan una porción de cosas que no aprenderían en las escuelas ni al lado de sus padres.

No hablamos del entretenido fin de... sesión de antes de ayer en el Congreso, ni de la sesión de ayer, donde hubo gritos y gestos, ni siquiera de las del Senado de días atrás.

De todo esto no hablamos, porque á lo ménos en los mismos Cuerpos se levanta alguna que otra voz lamentando estas inconveniencias; pero si hemos de decir algo de lo que pasó ayer en el Senado, sin correctivo.

Habiendo dicho el señor duque de la Torre que en una conversación privada había manifestado el general Narvaez al general Marchessi su opinión era abandonar, si á Santo Domingo, pero después de haberlo pacificado, se levantó el general Narvaez y dijo que esto no era verdad. Afirmó que lo era el Sr. Marchessi, nególo otra vez el presidente del Consejo, hasta que aquel general tuvo valor para decir en público que se lo probaría en todos los terrenos (1).

No está muy en el suyo el señor senador que desde el que llaman santuario de las leyes, falta al Código penal y otras leyes del reino, á las leyes divinas y hasta á las de conveniencia social.

Dice hoy *El Diario Español*:

«Se asegura anoche á última hora, que, á consecuencia del incidente ocurrido ayer tarde entre el general Marchessi y el duque de Valencia, el Gabinete pensaba en mandar á aquel militar de capitán general de las islas Canarias, ya que no podía desterrarle de Madrid y de España.

Si esto se hiciera, como es posible y verosímil, envolvería un ataque á la inviolabilidad de los senadores, y el duque de Valencia sería ingrató con la alta Cámara que defendió con calor los derechos del mismo en ocasión semejante.»

*La Iberia* publica en su número de hoy un suelto que no queremos transcribir, porque nuestros lectores pueden figurarse, sin leerlo, lo que dice, con sólo saber que saca á colación á un señor Obispo y á los neos, con motivo de haber sido denunciada la *Revista contemporánea Salmaticense*, periódico no político, por la friolera de haber dicho que la Enciclica del 8 de Diciembre era imprudente. *La Iberia* echa la culpa de este percance al señor Obispo de la diócesis de Salamanca y á los neos, como les culpa también de haber hecho desaparecer al Adelante, antecesor de la *Revista* en cuestión.

No sabemos lo que haya ocurrido en el asunto de que se habla en *La Iberia*, pero suponiendo que las cosas hayan pasado cual las cuenta el dicho periódico, (y es todo lo que se puede suponer) aplaudimos la conducta del dignísimo señor Obispo de aquella diócesis, que estuvo muy en su derecho al quejarse al señor gobernador de la provincia, de que un periódico, fuese ó no político, hablase de la Enciclica como lo hacía la *Revista Salmaticense*; aplaudimos también la conducta de aquella autoridad civil, que no hizo sino cumplir su deber; y por último, felicitamos á los neos de Salamanca por la influencia que allí ejercen según *La Iberia*.

En cuanto al Gobierno de quien pregunta *La Iberia* «¿qué hace?» eso mismo decimos nosotros, ¿qué hace el Gobierno que no cumple siquiera la ley de imprenta y su circular sobre la misma?

Dijoles *El Leon Español* á los diarios unionistas que con propósito deliberado no habían hablado de la Enciclica, para estar dispuestos á combatir lo que el Gobierno hiciese, fuese en pro ó en contra.

¿Quién tal ha dicho! Calumnias, exclama *El Reino* de anoche; yo no soy ménos liberal que otro, y por ende nadie me gana en enemigo de las exajeraciones neo-católicas. Los Obispos han jurado cumplir tal y tal cosa; luego si no lo cumplen, etc., etc., y concluye el artículo con el 143 del Código penal, es decir, con la amenaza de prisión y multa, extrañamiento del reino, etc.

(1) Así lo consigna *La Libertad*.

Para nosotros no tenía necesidad de hacer tantos esfuerzos *El Reino* para sincerarse. Bastáanos saber que era de la gran familia. Pero pobre *Reino* y pobres periódicos! Predican en desierto.

Grande, aunque inútil, es el empeño de la prensa del Gobierno para evitar que sea publicada la Enciclica de Su Santidad oficialmente por los señores Obispos de España. Pero viendo ya que ni las amenazas de un conflicto, ni el hablarles todos los días del Código penal arredra su ánimo valeroso y firme resolución de cumplir la ley de Dios, han escogido otro medio de sacar del apuro al Gobierno, y es diciendo que la publicación por los señores Obispos no es nada, que en los Boletines se publica como en cualquier otro periódico, y que los Prelados de la Iglesia hacen el oficio de periodistas copiando un documento que ha sido publicado en los diarios políticos.

A esto viene á reducirse lo que significa el párrafo siguiente, que publicó primero *La Correspondencia* y anoche reproduce *Las Noticias*:

«Los Obispos se disculpan de haber publicado la Enciclica en los Boletines eclesiásticos, con la circunstancia de haberse dado á luz anteriormente en los periódicos políticos, y no creer que les esté vedado hacer lo que á los demás españoles.»

Algo más honrosa para nuestros venerables Prelados y más significativa es la publicación de la Enciclica de S. S. en los Boletines oficiales de sus respectivas diócesis, desde los cuales los señores Obispos se han dirigido á los fieles encargados á su autoridad, no como periodistas que quieren excitar la curiosidad del público, sino como maestros que enseñan el camino de la verdad, y en uso de la jurisdicción que de la Iglesia y de Dios han recibido, mandan el cumplimiento de los preceptos del representante de Jesucristo en la tierra.

No ignoran que ha de disgustar su modo de obrar, pero como dice uno de nuestros señores Obispos, no permite otro el Catolicismo.

Pueden tratar los periódicos liberales de encarecer unos días la gravedad de la publicación; no por esto dejará de publicarse. Encarezcan otros días la insignificancia de la publicación; no por esto dejará de oírse como digna de ser obedecida la voz de los Prelados.

Decía anoche *La Epoca*:

«Se ha confirmado oficialmente la noticia de que el Gobierno inglés, deseara de mostrar su lealtad á España, ha tomado todas las medidas necesarias para impedir que buque alguno, costado por el oro del Perú, pudiese ofender al comercio de España. En Londres y París se tiene la seguridad del próximo arreglo de la cuestión del Perú.»

Ayer envió la Reina Cristina, por telégrafo, una expresiva felicitación á su pariente el Infante D. Sebastian, con motivo de ser los días de este.

Con motivo de la suspensión de sus sesiones, acordada ayer por el Congreso, no se reunirán ya hoy las secciones del mismo, para nombrar la comisión que ha de dar dictámen sobre el proyecto de empréstito.

La enmienda presentada por el Sr. Fernandez de la Hoz y otros diputados al párrafo noveno del proyecto de contestación al discurso que leyó la Reina, dice así:

«También espera que el Gobierno de V. M. no consentirá en adelante demasías criminales, ni que sean impunemente vulneradas las instituciones más altas y las personas más sagradas, ni abandonará la defensa de los fundamentos del orden social y político, ni que estén inútilmente escritas las leyes, ni en suspenso por un momento siquiera la acción de la justicia, y que observará sinceramente la Constitución del Estado.»

El Sr. Modet ha presentado la renuncia de su cargo de secretario del Congreso.

Dice *El Eco del País*:

«Anuncia *La Verdad* que han surgido graves disidencias entre los Sres. Alonso Martinez y Rios y Rosas, porque el primero cree que debe apoyarse á esta situación, y el segundo está dispuesto á combatirla.

Nuestro colega ha sido mal informado: esas disidencias no son de ahora: hace ya algún tiempo que existen.»

Leemos anoche en *La Epoca*:

«Parece positivo que el señor ministro de Hacienda, ántes de decidirse á llevar al Parlamento la ley de anticipo nacional, manifestó á sus compañeros que él estaba dispuesto á retirarse si el Consejo de ministros creía preferible otra solución financiera. Hasta parece indicó los nombres de los Sres. Pastor y Polo, que podrían sucederle, y apelar al crédito en condiciones que él no creía deber aceptar. El Gabinete estuvo unánime en sostener el pensamiento del Sr. Barzanallana.»

Esperan los ministeriales, á creer á *La Correspondencia*, que las explicaciones dadas por los ministros en las sesiones demostrarán á sus amigos que el medio adoptado por el Gobierno es preferible á haber hecho un empréstito con condiciones onerosísimas, ó recibiendo la ley de los teneores de cupones y de deudas amortizables.

Ya está en Madrid de vuelta de Holanda el señor Alvareda, que fué allá hace cosa de un mes.

Esto no obsta á que, aun desde aquí, represente á S. M. en el Haya.

De Lérida nos remiten el siguiente escrito, sobre cuyo contenido desearíamos saber que siquiera meditaban el Gobierno y sus órganos oficiales: «En el número del 15 de Enero de 1865 del *Leon Español*, que ha llegado por la casualidad á mis ma-

nos, he leído el suelto siguiente copiado del de *Las Noticias*: «Los empleados y clases pasivas presumen, según *La Patria*, que si Dios no hace un milagro no cobran el 31 de este mes la mensualidad de Enero. Gracias á Dios no hace falta semejante milagro, y nos alegramos de poder dar esta noticia seguros de que ella tranquilizará á los empleados activos, á las clases pasivas y á *La Patria*.» Hasta aquí el citado periódico.

«Si verá renovado este milagro el Clero de la provincia de Lérida, para cobrar la mensualidad de Diciembre de 1864 en 31 de Enero de 1865? Mucho lo dudo: porque habiendo el señor gobernador civil de la expresada provincia remitido á Madrid setecientos mil reales vellón, sin reservarse, como era muy justo, el tanto que se necesitaba, para cubrir las atenciones del Clero en Diciembre último, no ha quedado un cuarto en caja. Se espera que se remediará este abuso.»

Por la dirección general de instrucción pública se ha designado para vocal del tribunal de oposiciones á cátedras supernumerarias, vacantes en las universidades de Madrid, Oviedo, Salamanca y Santiago, á D. Justo Barbaiero, Abad de Santo Domingo de la Calzada.

Nuestros lectores conocerán sin duda la Asociación de la Santa Infancia, establecida en todas las naciones católicas, cuyo objeto principal es allegar recursos para el rescate y educación de los niños que en ciertos países salvajes é idolátricos sucumben á la crueldad y malos tratamientos de sus desnaturalizados padres. Pero esta asociación, cuyo fin principal es el que dejamos indicado, no podía descuidar la educación cristiana de los niños en los pueblos católicos, y con este objeto tiene ramificaciones en muchos de ellos, procurando atraerse á los niños é instruirlos en los misterios de nuestra sacrosanta Religión y aficionarlos á las prácticas piadosas, logrando al mismo tiempo separarlos de los peligros que les rodean en las calles y plazuelas á donde con tan poco cuidado se les permite salir con demasiada frecuencia.

Hoy tenemos una grandísima satisfacción en anunciar que establecida también en Madrid tan piadosa y benéfica institución, la parroquia de San Luis es la primera en donde merced, al celo de su dignísimo Cura párroco y otros celosos sacerdotes, no menos que del Excmo. Sr. D. Santiago Tejada, secretario de la asociación de la Santa Infancia, se celebran todos los domingos los cristianos ejercicios con el fin que antes hemos indicado.

El domingo 15 del corriente, primero en que tenían lugar, tuvimos el gusto de oír á una niña de nueve años que leía con soltura y buena entonación el misterio del *Dulce nombre de Jesús*, á lo que siguió la explicación de doctrina cristiana que hizo á los niños el señor Párroco. Sabemos que todos los domingos, no impedidos, á las cuatro de la tarde, se repetirán estos ejercicios, comenzando con la estación al Santísimo.

Felicitamos á cuantas personas han contribuido al establecimiento de obra tan provechosa y caritativa, y excitamos á los padres de familia á que no pierdan tan buena ocasión de instruir á sus hijos en los deberes del cristiano.

**La Real asociación de beneficencia** domiciliaria ha publicado el siguiente aviso:

«Habiéndose dignado S. M. la Reina (Q. D. G.) aprobar la cesión que la junta de damas de honor y mérito ha tenido la bondad de hacer en favor de esta Real asociación del derecho que tenía á celebrar en el presente año una rifa pública de objetos y alhajas, se espera del caritativo vecindario de esta heroica capital que coopere á su buen éxito, secundando de este modo el beneficio con que la referida junta de damas ha querido auxiliar á los pobres de esta corte, remitiendo sus dádivas á las señoras comisionadas, cuyos nombres y domicilios van á continuación; seguro de que, por pequeño que sea el donativo, el agradecimiento de esta asociación será infinito, y los pobres socorridos por ella rogarán incesantemente por sus bienhechores.—La secretaria general, M. duquesa viuda de Gor.

**Vice-presidenta general.**

Excmo. señora condesa de Torrealta, Desengaña, 25.

**Secretaria general.**

Excmo. señora duquesa viuda de Gor, Cuesta de Santo Domingo, 5.

**Tesorera general.**

Excmo. señora marquesa de Portugalete, Atocha, 16.

**Señoras presidentas.**

Excmo. señora marquesa de Zugasti, Procuradores, 4.

Excmo. señora condesa de Lobregat, Valverde, 6.

Excmo. señora marquesa de Santiago, Factor, 9.

Excmo. señora condesa de Canterac, Palacio Real, portería de Damas.

Sra. D.<sup>a</sup> Dolores Urrutia, Colegiata, 4.

Sra. D.<sup>a</sup> Teresa Ruiz, Humilladero, 14.

Excmo. señora condesa del Montijo, plaza del Angel.

Sra. D.<sup>a</sup> Agueda Montoto de Padilla, plazuela de la Villa, 3.

Sra. D.<sup>a</sup> Carolina de Balez, Santiago, 4.

Excmo. Sra. D.<sup>a</sup> Paulina Cabarrús, Barquillo, 13.

Excmo. señora marquesa de Corvera, Fuencarral, 55.

Excmo. señora condesa de Fuenbriga, plazuela de Santa Bárbara, 2.

Sra. doña Dolores Heredia, Toledo, 44.

Excmo. señora condesa de Viamante, Puebla, 6.

Excmo. señora condesa de Superunda, San Vicente, 72.

Excmo. señora duquesa viuda de Alba, palacio de Liria.

**El Sr. D. Ventura de la Vega** ha dirigido desde Alicante á la academia de la lengua, una expresiva comunicación, dando las gracias en frases elocuentísimas por el acuerdo que respecto al mismo ha tomado dicha corporación. Este acuerdo, de que hemos dado cuenta á nuestros lectores, se ha tomado en virtud de uno de los artículos del reglamento, en razón á llevar 20 años de acobardado, tener más de 500 asistentes y hallarse imposibilitado materialmente de continuar tomando parte en las sesiones.

**El cambio de billetes** sufre estos días alguna variación, pues unos cambiantes descuentan al 2 1/2 por 100, otros al 3, y hay quien lleva el 14 por millar, especialmente siendo las cantidades de alguna consideración. Este interés, estamos seguros, sería más módico si en la plazuela de la Leña disminuyera la confusión que hay ahora para penetrar por las puertas del Banco.

**En la provincia de Teruel** y en un

radio de legua y media, existen los pueblos siguientes, cuyos nombres forman compuesto sentido, como observarán nuestros lectores.—Escucha.—Martin.—Palomar.—¿Adoras?—Por.—Cuatro dineros.—de Caba.—Montalban.—



**Acaba de hacerse un importante descubrimiento** contra el mero. Un tercio de onza de ácido hidrocianico, con cinco onzas de alcohol y treinta y dos de agua mezclados, y diluición de la mezcla con jarabe de azúcar, constituyen un remedio, que tomado a cortas dosis, hace que cualquiera persona que se embarque, pueda dar la vuelta al mundo sin experimentar la molestia del mareo.

**Por el juez del distrito de San Vicente**, de Valencia, se ha reclamado en telegrama de hoy la prisión del director de una casa de crédito de esta corte.

**La ópera «Fausto» cantada el jueves** por primera vez en el teatro Real, obtuvo un éxito brillantísimo y con justicia. Los cantantes, señores Spezia y Grossi y señores Mario y Selva, desempeñaron su parte admirablemente; las masas vocales están perfectamente ensayadas; la orquesta muestra precisión y afinación; el vestuario es rico y adecuado, y por último las decoraciones sorprenden y admiran. Los cantantes y los pintores señores Ferri y Bussato fueron aplaudidos. La empresa ha demostrado que anhela conquistar el favor del público, y por ello y por los sacrificios que está haciendo, alcanzó anoche generales elogios.

En la Bolsa de hoy se han cotizado los valores á los precios siguientes:

Títulos del 3 por 100 consolidado 44-95 no publ.  
Títulos del 3 por 100 diferido 40-90 publicado  
Deuda del personal, 21-95 no publicado.  
Obligaciones del Estado para subvención de ferrocarriles, sin cupon 79-00 no publicado.

## CORTES.

### SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR MARQUES DEL DUERO.  
Sesión celebrada el día 20 de Enero de 1865.

Se abrió á las dos y diez minutos, y leida el acta de la anterior, fué aprobada.

Dióse cuenta de una comunicación del Sr. D. Joaquín Gutiérrez de Ruvalcaba, pidiendo al Senado se sirviese acordar que conste su nombre con los de los señores Michie, Ruiz de Apodaca y Quesada, en la proposición leida en la sesión del 12 de Enero, sobre que el expediente relativo al suministro de carbón y viveres para la escuadra del Pacifico pasase á una comisión que lo examine y dé acerca de él su dictamen, y se anunció que constaría.

El Senado quedó enterado de que el Sr. D. Manuel Crespo participaba su marcha de esta corte por el mal estado de su salud.

Pasó á la comisión de exámenes de calidades una comunicación del Sr. D. Fernando Guzmán, marques de Sanfelicis, remitiendo los documentos que acreditan su aptitud legal para ser senador por derecho propio.

Se leyeron y quedaron sobre la mesa, para discutirse en la próxima sesión, los dictámenes de la comisión del examen de calidades relativos á las de los señores D. José María Falcon, marques de San Gil, don Francisco Escudero y Azara, y D. Antonio Rentero y Villa.

### ORDEN DEL DIA.

*Continuación del debate pendiente sobre el dictamen de la mayoría de la comisión relativo al proyecto de contestación al discurso de la Corona.*

El Sr. IRIARTE: Señores senadores: Dos son las atenciones que se me han hecho; respecto á la primera no tengo una sola palabra que decir después de la demostración que el señor marques de Molins hizo con la lucidez que acostumbra sobre la última proposición de senadores; y paso á la segunda, que se refiere á lo que el señor ministro de Estado dijo acerca de que un senador habia pedido la lista de los títulos, grandes cruces, etc., que se habian concedido por el actual ministerio, en lo que es claro que aludía al que tiene el honor de dirigir la palabra al Senado en este momento, puesto que fui yo el que pidió que se trajera esa lista, con el objeto de que pudiera tenerse presente durante las discusiones graves que podian ocurrir aquí; pero recuerdo que S. S. añadió que traería también las concedidas por otros ministerios anteriores, á fin de que pudiese haber un término de comparación, lo que S. S. no ha hecho, no pudiendo por consiguiente tener lugar esa comparación que tanto deseaba S. S., y que sería de desear se hiciera, para ver cómo quedaba en ella el actual Gabinete, que yo creo no saldría bien librado. Yo desearia, pues, que viniesen esas listas con toda la extensión que S. S. decía, ántes que concluyeran estos debates.

El señor ministro de ESTADO (Benavides): Yo siento mucho no haber podido hasta ahora cumplir mi palabra, por ser un trabajo muy largo; sin embargo, se está haciendo, y espero que ántes que concluya esta discusión será S. S. complacido.

El Sr. LASCOITI: Necesito, señores senadores, toda la indulgencia de este alto Cuerpo, porque es la primera vez que tengo la honra de dirigir la palabra al Senado, y amparo por dar las gracias á los señores Bernués de Castro y ministro de Hacienda por las benéficas palabras con que me aludieron en el curso de los debates.

Ante todo tengo que rectificar una equivocación en que ha incurrido el Sr. Bernués de Castro al decir que yo habia retirado los presupuestos cuando me encargó del ministerio de Hacienda, pues no solamente no habia retirado, sino que ni antecedente alguno de ellos. Era pocos días ántes de abrirse las Cortes, y tuve necesidad de dedicarme á ese trabajo, procurando al formarlos que hubiese una verdadera nivelación entre los ingresos y los gastos, creyendo que era ya preciso cesase todo desvel, sin que por esto desconociese las causas que lo habian motivado. En cuanto al extraordinario, tenia recursos propios todavía, cuyos valores, si bien podian encontrar más ó menos dificultad en su colocación, al fin más tarde ó más temprano, debían hacerse efectivos, según manifestaba yo en la exposición que les precedía al presentarlos á las Cortes, en lo que procuré decir ante todo la verdad, sin ocultar absolutamente nada. Yo era completamente imparcial en esta parte, puesto que no habia pertenecido á la administración de la Unión liberal.

El señor ministro de Hacienda me dirigía una especie de inculpación amistosa, suponiendo que al presentar á las Cortes la situación de la Hacienda, habia habido el pensamiento de no desalentar al país y de mantener el crédito, lo cual creo yo también que deseará el actual ministro de Hacienda; pero la verdad es que no habia para qué desalentarle, y mucho menos razón alguna para dejar escapar ninguna palabra indiscreta que pueda contribuir á aumentar la emigración del dinero, ya que empezaba á sentirse.

Dicho esto, voy á explicar los párrafos á que aludía el Sr. Bernués de Castro. Yo en ellos traté de dar á conocer los valores que habia para responder al presupuesto extraordinario de gastos, y tuve buen cuidado de decir que podian encontrar dificultad para su colocación; y esto es indudable, señores, puesto que sólo podian tenerla en Madrid y en alguno que otro punto más, pero no en el exterior, donde esa clase de valores no son admitidos; sin que por esto pueda decirse que no son valores que pudieran responder á los gastos de ese presupuesto, toda vez que eran procedentes de la venta de bienes nacionales, á lo que debiera agregarse el producto respectivo de los bienes del Clero, sobre lo cual llamo la atención del Gobierno de S. M. para que se atenga, removiendo todas las dificultades que puedan presentarse.

En cuanto á los presupuestos ordinarios, creí haber conseguido mi propósito de formarlos de manera que no tuviesen déficit, y al presentarlos, hice presente á las Cortes la conveniencia de extinguir el déficit, indicando la forma que me parecia más conveniente para que quedase despejada la situación del Tesoro. El déficit que habia venido presentándose en los presupuestos desde el año 50 ascendía á mil y pico millones, y para cubrirlos no habia designada cantidad alguna; no presentándose, pues, otro medio, en mi concepto, que el de acudir á las Cortes con un proyecto de ley para la consolidación de esos créditos, porque no podia llevarse ni aun por medio de la deuda flotante, que tiene otro objeto muy distinto; además de que en esto veo yo un gran peligro si accediera de lo que real y verdaderamente debe ser, en el caso de tener que hacer un pronto reintegro, porque pueden ponerse de acuerdo unos cuantos capitalistas y situar por hambre al Tesoro público, lo que traería gravísimos inconvenientes.

Como he dicho ántes, procuré decir la verdad tal y como yo la comprendía, sin exageración de ninguna especie, porque ni habia razón para ello, ni por otra parte podia hacer otra cosa cuando tenia que acudir inmediatamente al crédito, y esto en medio de la crisis general por que venimos pasando, y que en España será por mucho tiempo permanente, puesto que no depende de la crisis metélica, sino de otras causas que es preciso dominar.

Si yo hubiera pintado el Tesoro con una gravedad que en realidad no tenia, me hubiera colocado en el caso de no poder llevar á efecto con buenas condiciones una operación de crédito, toda vez que no pensaba adoptar el medio de que el señor ministro de Hacienda va á valerse, y que no sé si será más seguro y ventajoso, porque no conozco todavía su proyecto; yo me alegraré que salga bien con su empresa; pero teniendo presente lo que S. S. mismo decía de que el país está en una verdadera liquidación y que la masa de los capitales buscaba empleo en el suelo, dando mucho del éxito, porque habiendo de entrar los bienes nacionales en mano de los contribuyentes, como es natural va á suceder que estos se encontrarán con una crecida contribución territorial é industrial, con el cupo que deban pagar en virtud del anticipo, y además con la obligación de satisfacer los plazos de los bienes nacionales que hayan comprado; de manera que ha de haber bastante entorpecimiento en la recaudación de ese anticipo. Me alegraré que esto no ocurra, pero creo que sucederá.

El señor ministro de Hacienda me atribuía, respecto á si habia ó no una verdadera solvencia, una afirmación que yo no expuse en la forma que S. S. ha manifestado, pues ni aun era posible que yo hubiese podido emplear los términos que S. S. indicó; por lo demás, la cuestión relativa á este punto no se puede tratar de una manera incidental, sino que es preciso traer otra clase de documentos, y una discusión más detenida, que podrá venir en su día, y principalmente cuando se discuta el proyecto que me parece ha presentado al Congreso de los diputados.

El señor duque de la TORRE: Señores, entro con desconfianza en este debate, y sólo uso de la palabra por haber sido uno de los firmantes del voto particular; pero ántes de entrar en materia, no puedo menos de invocar la benevolencia del Senado, que espero me concederá.

Cuando se inauguraron los debates, el señor presidente del Consejo de ministros al hablar por primera vez dijo que nunca habia faltado al partido moderado; pero es difícil saber cuál es el partido moderado, si el 44, el 48, el 52, ó el 57; porque, según de él está el partido moderado? ¿Con el Sr. Nocedal, que mantiene la bandera del 57, con la ley de imprenta y con otra porción de leyes severas y represivas, que se decía estar conformes con las doctrinas del partido moderado? ¿Está con el señor conde de San Luis, que también es de la oposición como el Sr. Nocedal, según tengo entendido? ¿Está con el Sr. Blaser, que no ha ejercido cargo público desde el 54 y no asiste á nuestras sesiones? ¿Está con el señor marques de Navailles, que iba á formar un Gabinete puro, moderado, y que ha dejado el cargo de director de artillería? ¿Está con el señor conde de Chieste, que deja, según tengo entendido, el cargo de director de caballería? ¿O con el señor marques de Viluma, que según se dice de público, á una consideración que le honra se deba que no haya renunciado la vice-presidencia del Consejo de Estado?

Seguramente que no; porque lo que hay en el poder es sólo una agrupación de las que con tanta elocuencia nos hablaban el Sr. Lorente, que se han convenido para gobernar el Estado con un interés determinado, aunque noble. Yo no digo que esté muerto el partido moderado, porque materialmente muerto no está ningún partido; pero á pesar de lo que decía el señor ministro de Estado, de que el partido moderado estaba en el poder, no veo en él más que una agrupación de hombres que se han hecho la oposición muchas veces, y que han estado en una completa anarquía política, poniéndose de acuerdo después para contribuir á una acción común benéfica para el Estado, pero no para una acción benéfica en toda la extensión de la palabra. Así es que yo, que no desearia ver la contradicción de que nos entierre el señor ministro, nos llama agrupación el Sr. Lorente y nos diga el señor marques de Miraflores que desde el día que camos somos un partido poderoso, fuerte y de porvenir, desearia que todos estos señores que son ministeriales pudieran ponerse de acuerdo, para que sepan lo que en último caso piensan de la Unión liberal.

El señor presidente del Consejo, no recuerdo con qué motivo, decía que el señor presidente del Senado era una persona dignísima, lo cual no hemos puesto en duda nosotros, pues durante la administración de la Unión liberal ha sido presidente de este alto Cuerpo; pero añado el señor duque de Valencia que habia pertenecido al partido moderado, y que podria votar como tuviera por conveniente en las cuestiones que aquí se presentaran, con cuya doctrina no estoy conforme, porque en mi concepto, ántes de elegirle para presidente del Senado, habia debido ponerse de acuerdo en la política que se iba á seguir, para que no se vea lo que no ha sucedido nunca, que es el votar el presidente de la Cámara contra el ministerio; y ántes de que esto sucediera, creo yo que nuestro digno presidente debería este puesto.

Se quejaba el señor ministro de la Gobernación de que se cometía el abuso de hacerle responsable de cuanto dijera. El Contemporáneo; pero S. S. ha sido siempre periodista y ha estado constantemente en la brecha, tanto en la prensa como en los Parlamentos; mas ¿qué podría decir yo, que se me han dirigido ataques crueles por suponer que he creado dos ó tres periódicos, y no habiendo mi palabra cuando he dicho que no he escrito en periódico alguno y que no lo he creado tampoco? ¿Qué culpa tengo yo de que haya periódicos que delatando las doctrinas de la Unión liberal, que son las mías?

Sin embargo, se me ha hecho ese cargo, no obstante haber manifestado no tener parte alguna en ello, y cuando el que es hidalgo debe creer lo que afirma bajo su palabra un caballero.

Decia también el señor ministro de la Gobernación que el orden público peligraba al adelantamiento de este ministerio al poder y que ahora está asegurado, de lo cual yo me felicito, si bien creyendo de todas maneras que debe valer porque la tranquilidad no se altere, como se ha hecho siempre, aun cuando habia habido esa seguridad, que no es hoy ni más ni menos que hace cuatro años.

Nos dijo también S. S. que los amigos del Sr. Calderón Collantes pueden saber lo que pasó en el año 54; y puesto que de esos sucesos y de Vicálvaro se habla, aquí estamos el señor duque de Tetuan, el señor marques de Guad-el-Jelí y yo, aunque no estuviéramos oyendo silbar las balas, porque no me hallaba aquí, y podríamos decirle que mire á su alrededor y verá si hay algunos que sepan lo que pasó en Vicálvaro y aun algo más que nosotros. Yo podria citarle á S. S. los nombres, si así lo desea.

El señor ministro de Estado nos decía que llevábamos muchos años de confusión y de Babel, y precisamente por eso los partidarios de la Unión liberal de-

semos que cada uno esté en su puesto, que se deslinden bien las situaciones y sepan á qué atenernos.

Se ha hablado también algo de las promociones de senadores hechas por la Unión liberal, poniéndolas en comparación con la del actual ministerio; y precisamente de los datos que aquí tengo resulta que la Unión liberal nombró 128 senadores, lo que era todavía 12 menos de los que habian fallecido, siendo el número de individuos que hubo en el Senado el de 192.

Después el ministerio presidido por el señor marques de Miraflores: habian fallecido 32 y nombró 48, y esta fué la promoción más numerosa que se habia hecho hasta entonces, y que no sirvió á S. S. de gran cosa, pues quedó derrotado en la cuestión de reforma; ahora se ha hecho una promoción de 72, poniéndose el Senado de 100 individuos más de los que he citado ántes, y es muy extraño que esto se haga cuando tanto se habla del deseo de que el partido progresista venga á las urnas y pueda gobernar, pues es absolutamente imposible que se ponga al frente de la administración del Estado con esta Cámara; porque si el alto criterio de la Corona tuviera por conveniente llamarle á sus consejos, aun cuando viniera animado de los mejores deseos de sujetarse á la legalidad existente, no le sería posible gobernar; y hay más todavía: aun cuando quisieran elevar el Senado hasta el número de 80, no le sería fácil hacerlo, porque un partido que está fuera del poder tanto tiempo, no podria encontrar 400 que reuniesen las cualidades necesarias para ser senador. Veo, pues, S. S. cómo aun cuando sea cierto que el Gobierno haya usado del derecho que tiene, es preciso tener muy presente que ese derecho debe estar limitado por la prudencia.

Decia el señor ministro de Estado que las soluciones que habia dado la Unión liberal eran conservadoras; cuando lo que ha hecho ha sido presentar soluciones liberales y seguir una política constitucional y parlamentaria, durante las Cortes los cinco años que la Constitución establece, y venciendo las insurrecciones sin apelar á medios extraordinarios; apoyando con todas sus fuerzas la reforma que se ha hecho en la Constitución cuando la ocasión se ha presentado, llevando á las Cortes las leyes desamortizadoras, cuando el partido moderado creía que los bienes debían devolverse al Clero, y tratando con Roma como debia hacerse en lo relativo á los bienes del Clero.

Nos dijo el señor marques de Miraflores que no habia pertenecido á ningún partido, y que cuando habia sido ministro habia dejado sus opiniones en la puerta del ministerio; y en esto no puedo estar conforme con S. S., porque yo creo que los hombres públicos tienen el deber de llevar sus opiniones á la gobernación del Estado teniendo una política determinada.

Asimismo decía que la Unión liberal no debia hacer la oposición al ministerio, sin formular sus cargos y condenar lo que crea inconveniente, sin considerar S. S. que esto es lo que hacemos precisamente en el voto particular.

Se habia mucho, señores, acerca de si se ha seguido esta ó la otra política, y de que cuando se acepta un cargo importante del ministerio, desempeñarlo, sin adoptar por eso su política; y yo creo que esto es un absurdo, por más que otra cosa juzgue el señor marques de Miraflores, que creo que ha podido conservar su política propia cuando iba de embajador á Roma con instrucciones de la Unión liberal, pues no se concibe que vaya uno á ejercer unas funciones tan importantes sin que en ellas adopte la política del Gobierno á quien sirve; otra cosa no puede ser; por lo menos yo lo he entendido así.

Llego ahora á dos puntos gravísimos, y sobre el primero, que es la cuestión del Perú, no voy á hacer más que una ligera observación. Ha dicho el señor ministro de Estado, tanto aquí como en la comisión, que esa era una cuestión grave y de ella no puede tratarse, y por esta razón yo he creído que nada debia decirse respecto á ella, por más que cuando llegue la ocasión sea uno más severo si así lo cree necesario; pero el señor marques de Miraflores se ha permitido leer dos documentos oficiales, cosa que yo creo no debia haber hecho S. S., y si al decir esto incurrir en algún error, desearia que me hiciera ver, porque tengo yo alguno que podria leer también.

Al hablar S. S. de los sucesos de Talambó, dijo que ese era asunto de los tribunales, y que por eso se dió orden de retirar la escuadra; es decir, que adoptó S. S. esa disposición cuando menos debia hacerlo.

Antes de pasar á otro punto, y para concluir mis rectificaciones, me permitiré S. S. que le diga que si alguna vez tengo el honor de ser llamado á los consejos de la Corona, me honraré mucho con poder contar con su voto, pero le agradeceré sobremanera que no tome la palabra para defenderme, pues tengo la convicción de que el más fuerte ataque que ha recibido el Gobierno ha sido por S. S.

Paso ahora á hacer algunas observaciones que creo necesarias respecto de nuestras posesiones de Ultramar: siendo la primera que, en mi concepto, la trata de negro es un borron que tenemos sobre nosotros; y no se crea que es opinión que sostengo ahora; sino que cuando estuve en la isla de Cuba propuse que se tratara como acto de piratería esa trata.

Desde que dejó el mando de la isla me ha propuesto no hablar nada de aquel país, porque yo sé lo que se perturba la autoridad en aquella isla cuando aquí se permiten algunas personas ocuparse de aquellas provincias españolas; pero voy á aprovechar esta ocasión para decir que es necesario ya que entren en las condiciones que reclama el progreso y el adelanto de los tiempos, así como el de aquellos naturales, tan amantes de su Reina y de su patria, envíen aquí diputados que puedan representar sus intereses.

Dicho esto, no puedo menos de dirigir un cargo al Gobierno de S. M., por no venir á pedir un voto de indemnidad á las Cortes por haber faltado á las leyes, según ha declarado algo solemnemente, en la provisión de los cargos públicos, pues así debia de haberlo hecho.

Paso ahora á ocuparme del asunto capital que me ha hecho tomar la palabra; me refiero á la cuestión de Santo Domingo, y de la que creo puede tratarse aquí aun cuando se haya presentado un proyecto de ley sobre este asunto en el otro Cuerpo colegislador, porque nada vamos á prejuzgar aquí, y por otra parte, si hubiera de ser una razón bastante para no tratar un asunto cualquiera en la ocasión que presenta la discusión del mensaje de la Corona, el hallarse presentado un proyecto de ley relativo á él, nada más fácil para el Gobierno que evitar el que se discutieran ciertos puntos presentando proyectos relativos á ellos.

Al ocuparse el señor ministro de la Gobernación de lo relativo á Santo Domingo, decía que si los dominicanos desearan la anexión, esta debia hacerse; y, señores, todo el mundo ha podido ver que todos en aquel país la deseaban, y que ni una sola voz se levantó contra ella, pues para ellos era una necesidad que venia sintiéndose desde el año 44, habiendo muchas veces manifestado este deseo, que no pudo ser aceptado por las circunstancias en que nos encontramos; pero llegó el año 61, tuvo lugar la brillante campaña de Africa, que aumentó el entusiasmo de aquellos habitantes hacia nuestro país, é insistieron en su pretensión, diciéndonos que los haitianos tenían más organización y mayores medios que ellos, y que los Estados-Unidos los buscaban y les proponían arreglos, y que no tenían otro remedio que ser haitianos ó entregarse á los Estados-Unidos, no queriendo lo uno ni lo otro.

Entonces tuvieron lugar los acontecimientos que todo el mundo conoce, y por si acaso ocurría al Gobierno alguna dificultad, algún inconveniente, mandé mi ayudante de campo, el coronel Rizo, persona muy ilustrada y hombre de gran valor, con las instrucciones convenientes, para que el señor duque de Tetuan hiciera lo que creyera más oportuno y conforme á los intereses del país, porque yo no tenía ningún interés en semejante anexión.

Se ha citado en apoyo del abandono de Santo Domingo, el de Tángor por los ingleses, que no tiene que

ver nada con el de que se trata, porque eran enteramente distintas las circunstancias que hubo para ello; mencionándose también el abandono de Santo Domingo por los franceses, sin contar con que en dos meses habian conquistado aquella isla, y que cuando la abandonaron fué después de bloqueados por los ingleses, que les privaron de toda comunicación, no sin haber defendido ántes heroicamente contra ellos. Tampoco puede citarse el abandono de Tetuan, porque no hay punto de comparación; además de que no ha llegado el caso que decía el señor duque de Valencia al dignísimo general Marchesi, á quien manifestó cuando se marchaba á Loja: «en cuanto á Santo Domingo, vencer á todo trance, ó pues abandonar.»

Yo desearia saber del Gobierno de S. M. si tenia conocimiento de un tratado que se dice celebrado por Gelfard con el presidente de los Estados-Unidos, respecto á ciertas medidas que podian adoptarse con gran daño de España.

Desearia también saber si es cierto que Gelfard ha estado encajado de alguna misión nuestra cerca de los sublevados; y lo digo porque Gelfard, que es hombre de inteligencia no vulgar, es necesariamente nuestro enemigo y tiene interés en que salgamos de allí para enviar su ejército y conquistar aquel territorio, y por consiguiente no me parece que es la persona oportuna para servir de intermediario nuestro.

Se ha hablado de que Inglaterra pensaba declarar beligerantes á los insurrectos; yo no puedo creer que ante esta consideración, ante una amenaza de tan poca importancia, se haya detenido el Gobierno.

Señores, yo en esta cuestión, al hacer cargos por la marcha que se ha llevado en Santo Domingo, no veo más que á los ministros, al Gobierno; y en este sentido diré que cuando el señor duque de Tetuan salió del poder, la isla estaba perfectamente tranquila, y que el señor marques de Miraflores subió á la presidencia del Consejo también mucho ántes de que se tuviera noticia de la insurrección, que sin embargo venia anunciándose anticipadamente. Entonces el Gabinete relevó al capitán general de Santo Domingo, nombrando en su lugar al general Vargas.

Y, señores, para conveniente enviar allí á un mariscal tan moderno, que habia de mandar á generales más antiguos, y hasta un teniente general que habia sido presidente y dictador de la república, que tenia en el país mucho prestigio, como era el Sr. Santana? El ministro de la Guerra entonces, que tanto conocimiento tiene de aquellos pueblos, no sé cómo dejó de comprender que la categoría del Sr. Vargas no correspondía á la importancia del mando que se le confiaba, y que la empresa era superior y requería otra persona.

Porque, señores, yo no me podia figurar que no hubiese expedición, y que los refuerzos se mandaran sin jefes, sin oficiales, y compuestos en gran parte de quintos sin la conveniente instrucción hasta que la adquirieron en el campamento de Puerto-Piata bajo el fuego enemigo; yo creo que iría una expedición organizada, que no tuviera más que llegar, desembarcar y vencer, que es lo que hay que hacer en las Antillas, donde si no se hace así, luego las enfermedades debilitan los ejércitos; enfermedades, señores, que por cierto no atacan sólo á los europeos, pues las padecen lo mismo los naturales.

Me equivoco lastimosamente: si España no tenia generales de más altura para esa empresa, no sé para cuándo son; yo de mí sé decir que habiéndose hablado entonces de que el duque de Tetuan subiría al poder, le dije que contara conmigo para ir á Santo Domingo, á lo que me contestó S. S. que él también estaba resuelto á mandar la expedición; si, señores, para esas ocasiones son los hombres de prestigio; y no hablo de mí, sino de los señores duques de Tetuan, marques del Duero, duque de Valencia, marques de la Habana, y hasta del mismo duque de la Victoria.

Fueron, pues, 16,000 hombres en tiempo del señor marques de Miraflores, pero fueron con las condiciones que he dicho; y así es que, á pesar de la activa y leal cooperación prestada por los capitanes generales de Cuba y Puerto-Rico, no consiguieron resultados, porque además para esa empresa ha de venir un general de consideración, con amplias facultades y mandando directamente las fuerzas navales. Los marinos dicen que no les gusta, y á eso contesto que yo les he dado ejemplo de la conducta que debe seguirse en tales casos, enviando como envié la expedición á Veracruz á las órdenes de un general de marina, el general Ruvalcaba. Y siendo así, ¿por qué se habian de resentir porque un general de ejército pudiera disponer de los buques? No es esto decir que haya habido excusas para el servicio, pero lo cierto es que ha faltado cohesión y unidad en el mando. (El señor marques del Duero dice la silla de la presidencia, que es ocupada por el señor duque de Veragua).

Otra cosa hizo el ministerio del señor marques de Miraflores, sobre la que tengo que decir algo; me refiero al nombramiento de general del Sr. Baez, que habia sido presidente de la república, enemigo personal de Cayetano, el único que protestó cuando la anexión, y cuyos parciales fueron los que impulsaron el primer movimiento insurreccional contra España. Pues bien: estando en estas condiciones, el Sr. Baez debió dar alguna garantía, debió hacer alguna promesa al recibir ese nombramiento; yo no sé si la dió ó no, yo no sé dónde está el Sr. Baez; pero si no ha solicitado ir á pelear contra nuestros enemigos, si está fuera de Santo Domingo, el general Baez no ha cumplido con su deber. También he oído, y lo digo ahora para que no se me olvide, que en cierta época, cuando llegaba un buque á la isla, se le preguntaba: «¿cuántos enfermos echen?» y si contestaba 500, se embarcaban 500 enfermos, aunque no hubiera tantos. Esto, si fuera verdad, sería un escándalo inaudito.

Entre las cosas que más daño nos han hecho en aquel país, es una de las principales las noticias que allí se tuvieron respecto á que algunos individuos del ministerio Miraflores habian sido contrarios á la anexión; y en efecto, ayer mismo el señor marques de Miraflores decía que habia sido un brillante deseo de un partido, el único que protestó cuando la anexión, no creo que le pertenezca ese acto, porque la Unión liberal en todo lo grande y glorioso no conoce partidos y lo atribuye á la nación. No rechazamos la aseveración de S. S. por respeto á sus canas, sino en atención á su buena fé y al buen deseo con que lo habrá dicho.

Los refuerzos que envié el Sr. Lersundi fueron da una vez, y permitieron organizar una expedición que tomó á Monte-Christi. Eran bastantes para el objeto que debia haberlos llevado; pero, señores, si la posesión de Monte-Christi no era la base de una operación militar, ¿para qué se hizo? Y cuenta que la toma de ese punto produjo tal impresión en los rebeldes, que en Santiago de los Caballeros se introdujo un desorden espantoso y todo el mundo pedía la paz; y así es que luego, cuando el general Gándara realizó su brillante expedición sobre Puerto-Cabello, Salcedo, el jefe del Gobierno rebelde, entró en tratos con el de nuestras tropas, y tengo noticias auténticas de que las facciones estaban disueltas; más luego se rehicieron, cogieron preso á Salcedo, asesinaron á su hijo y Polanco se apoderó del poder.

Señores, el plan de ataque para una expedición que saliera de aquí con todos los pertrechos necesarios, debia haber sido desembarcar en dos ó tres puntos, que los hay muy apropiados, y sostenida por dos ó tres columnas que partirían del interior hacia el cabo de Santiago de los Caballeros, que se habia entregado sin disparar un tiro; y para esto bastaban 20,000 hombres, y hace dos meses que habia en Santo Domingo 28,000 hombres, y 2,500 del país al servicio de España. Ese mismo general Gándara no pide más que 12,000 hombres para acabar con la insurrección, que en ningún punto puede presentar 4,000 reunidos. Hoy mismo, si eso se hiciera, estoy completamente seguro del triunfo de nuestras armas; pero la verdad es, que la cuestión del abandono está ya prejuzgada, como que se está ya realizando con detalles horribles, dejando indefensas á las familias que se han comprometido por nuestra causa, pudiendo citar, entre otros casos, lo ocurrido en Macoris, donde habia 200

hombres que, queriendo irse con nosotros, se les ha obligado á quedarse expuestos á ser asesinados, y cuyo comandante, á quien se le brindaba que viniera con tropas, contestó heroicamente: «no; yo me quedo aquí á morir con mis voluntarios.»

Vamos á entrar en la cuestión más grave que tiene este negocio, cual es la relativa á las pérdidas que allí experimentamos. Señores, con datos oficiales se demuestra que nuestras bajas han pasado de un 10 por 100 (hablo de las bajas definitivas), siendo así que en Africa perdimos el 15 por 100, pues sólo del ejército murieron 4,000 individuos del ejército; en el Cáucaso tienen los rusos el 32 y hasta el 50 por 100; los franceses en Crimea perdieron el 32, en Italia el 22 y en Méjico del 18 al 20 por 100; y en Cuba mismo, en el estado normal, cuidando al soldado esmeradamente, ha habido uno que ha muerto el 14 por 100, y ordinariamente mueren el 7 1/2. Ya sé que las madres y esposas de esos desgraciados lo sentirán; pero, señores, las guerras dan forzadamente ese resultado.

También tenían madres y esposas los que pelearon en la guerra de la reconquista contra los moros y en la de la Independencia, y últimamente en la de los siete años; yo soy humano, muy humano, pero sin desear la guerra, la verdad es que la guerra va siempre con la humanidad, y pues que la hacemos con esas pérdidas, me parece que no debemos quejarnos. Además, no debe tenerse esto en cuenta en una cuestión de honra nacional. Señores, la Gaceta de Santiago de los Caballeros trae una proclama en la que Polanco dice: «¿Por qué queréis con tanta ansia la paz? ¿No estais en vuestras casas y cultivando tranquilamente vuestros campos? Y por otra parte, ved los periódicos en España: ellos dicen que el Gobierno piensa abandonarlos; estos quietos, que la paz viene porque nos dejan.»

¿Puede haber un dato que más nos rebaje en la consideración del mundo? Yo en nombre de la patria pido al Gobierno que ántes de resolver ese funesto asunto medite las terribles consecuencias que puede traer para España. Todos los buques que llegan desde Europa á la isla de Cuba, golfo mejicano y de mas países, tienen que reconocer el cabo frances para tomar bien la entrada del canal de Bahama; pues bien, el día que los negros, merced al tratado que tienen concluido con los Estados-Unidos, se apoderen de la habia de Samaná, se acabó el comercio entre España y la isla de Cuba, porque un buque de tres ó cuatro cañones apostado allí, impide de todo punto la navegación entre la Península y las costas de Cuba. ¿Y qué es esa habia de Samaná? El puerto más importante de América, un puerto donde caben todas las escuadras del mundo, y cuya angosta entrada es sumamente difícil.

La península de Samaná es también á su vez un terreno extenso, donde podrian darse refugio y terrenos á las familias que por nuestra causa se vieran obligadas á abandonar el interior de la isla, y donde podria formarse una ciudad fortificada, que fuera un Cronstad ó un Gibraltar: con esto y otros tres ó cuatro puntos de la costa, seguiríamos en Santo Domingo, supuesto el último caso del abandono, en una situación igual á la que tenemos en Filipinas, donde no dominamos el interior, sino sólo la costa. (El señor marques del Duero pide la palabra para una alusión personal.)

Decia un ilustre orador, al tratarse de esta cuestión, que hay ocasiones en que la audacia es prudente, y esto repito también ahora. Si queremos conservar impune la honra de España, si queremos evitar sacrificios muchos mayores en el porvenir, si queremos no dar una idea triste de nuestra generosidad y nuestros esfuerzos, evitemos el bochorno nacional por que se nos quiere hacer pasar en el momento en que parecia que renacíamos al prestigio y la importancia que tuvimos en otro tiempo. Señores, los nombres de los ministros y los de todos nosotros desaparecerán; pero la historia dirá que en el reinado de Isabel I, contra la voluntad de sus mismos parciales, se descubrió el Nuevo-Mundo, plantándose el pabellón de Castilla en las playas de Santo Domingo, y que en el reinado de Isabel II, por no hacer un pequeño esfuerzo, se perdió ese país, dejando á sus habitantes en la orfandad y perseguidos, contra la voluntad de la mayoría de los españoles.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Señores senadores, no voy á contestar á la parte del discurso que acaba de pronunciar el señor duque de la Torre referente á la cuestión de Santo Domingo. El Gobierno sobre esto tiene que encerrarse en una completa reserva y dejar esta cuestión para cuando se trate á fondo. La ley de relaciones entre los dos Cuerpos colegisladores dice terminantemente que no se podrá tratar de un asunto mientras que...

El Sr. CALDERON COLLANTES: Pido la palabra en contra, y que se lea el art. 107 de la ley de relaciones entre los dos Cuerpos.

El señor marques de la HABANA: Pido la palabra.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: El Gobierno no puede tratar de esa cuestión á fondo en el Senado cuando está pendiente en el Congreso de señores diputados, con una comisión nombrada pronta á dar su dictamen, y debiendo empezarse próximamente á discutirla allí.

No digo yo que un señor senador no pueda decir algunas cosas que tenga por convenientes y sin referencias á esta cuestión: eso no lo he dicho yo; y así como el señor duque de la Torre ha tratado la cuestión como le ha parecido conveniente, un individuo de la comisión, muy competente para ello, piensa darle la debida contestación.

A todo lo demás del discurso del señor duque de la Torre contestará mi digno compañero el señor ministro de la Gobernación.

Yo voy á ocuparme solamente de lo que respecto á mi persona y en un asunto que creo grave ha dicho el señor duque de la Torre.

El señor duque de la Torre ha dicho para encontrar alguna contradicción entre la que el Gobierno se propone actualmente respecto de Santo Domingo y lo que yo pensaba hace muy poco tiempo. S. S. ha referido que el señor general Marchesi le dijo que yo le habia manifestado que debia abandonarse á Santo Domingo; pero después de haber quemado el último cartucho, después de haber hecho los últimos esfuerzos, después de haber vencido.

Señores, yo, prescindiendo de la libertad que tenemos de la costumbre que hemos tomado de referir las conversaciones particulares que se tienen en el seno de la amistad (el Sr. Marchesi pide la palabra); yo, prescindiendo de que esto tenga fuerza para aducirlo aquí, creo que los hombres públicos deben discutir por lo que dicen en público, y en los Parlamentos se discute lo que todos los hombres que pertenecen al Parlamento dicen en su seno ó aseguran bajo su firma de cualquiera manera que se exponga. Pero si se trata en los Parlamentos de lo que hemos dicho y referido hace mucho tiempo, de esta manera ó de la otra, señores, en primer lugar no puede haber exactitud, porque yo digo á los señores senadores que manifesté si en las conversaciones que han oído, aún las más inocentes, si al referirlas luego tienen toda la exactitud de las cosas á que deban referirse los interlocutores con quienes han hablado.

Pero en esta cuestión yo digo que no he dicho nada al señor general Marchesi; yo no he dicho lo que ha referido el señor duque de la Torre en el concepto que ha expresado S. S. El señor general Marchesi se ha equivocado cuando aseguró lo que ha manifestado el señor duque de la Torre. Entre dos personas que hablan á solas, cuando uno dice una cosa y otro la contraria, hay siempre gran dificultad en averiguar quién es el que hace el relato con más exactitud, y por eso digo que no es conveniente fundar los argumentos en público sobre las conversaciones privadas. Además puedo yo decir, en demostración de que he pensado siempre lo mismo, que perteneciendo el señor general Marchesi al ministerio que presidió el digno Sr. Mon, el Sr. Mon me habló de la cuestión cuando fué nombrado presidente del Consejo de ministros; le dije que mi opinión era el abandono, porque habia pensado siempre eso. El Sr. Mon me dijo: «¿Pero no será mejor hacer sacrificios y vencer que no abandonar desde luego?» Nada, le dije, de sacrificios inútiles; no, señor, abandonarla desde luego.



El señor general Lersundi cuando era también ministro de la Guerra me habló de la propia cuestión. Le dije la misma opinión que le tengo siempre. Mañana a las 10 de la mañana me dijo el señor general Lersundi que creía conveniente un consejo de capitanes generales ante S. M. para manifestar nuestra opinión, y a fin de que S. M. como ministro de la Guerra, pudiera adoptar una resolución autorizada. Yo le dije: «Hagalo V. que yo aseguro con mucho gusto, porque tengo la convicción de hacer un beneficio a mi patria, que es conveniente el abandono de Santo Domingo, y le manifesté resueltamente que el abandono no completo.

Esto mismo dije al señor marqués de la Habana siendo ministro de la Guerra, que era mi opinión resueltamente.

Ya tengo tres personas que me han oído decir cuáles eran las opiniones que tenía, y que son las mismas que tiene el Gobierno de S. M.

Pero es más: cuando nosotros tuvimos la honra de ser llamados por S. M. para componer el actual ministerio, nos reunimos inmediatamente y yo tuve el honor de proponer a mis compañeros un plan de Gobierno, y entre las cosas que propuse fue una el abandono de Santo Domingo.

Como es posible que habiendo tantas veces dicho esto, cómo es posible que estando ya resueltamente decidido en esta opinión, cómo es posible, repito, que yo dijese al señor general Marchessi lo que ha referido al señor duque de la Torre en el sentido que lo ha hecho S. S. Será una equivocación de S. S.; yo no he manifestado esa opinión.

Y ya que estoy en el uso de la palabra respecto de rectificaciones sobre conversaciones tenidas, debo rectificar también otra importante.

Los periódicos tienen hace ya y hoy mismo una polémica sobre cosas que dicen que yo manifesté a dos personas respetables que tuviera conversación conmigo para asuntos que hicieron necesario celebrar conferencias. Los periódicos dicen que yo sacrificé personas, que yo deseché personas, que yo abiqué de principios y que yo hice concesiones. Yo puedo decir aquí en alta voz que en esas conferencias no hubo ni concesiones ni abdicaciones de nadie, ni exigencias de ninguna parte, ni siquiera el pensamiento de perjudicar a nadie; los que entonces estábamos hablando éramos personas de honor, y nuestras conversaciones se redujeron a lo que teníamos que tratar, guardándonos todas las consideraciones debidas, y digo esto para que los periódicos sepan a qué atenerse. No tengo más que decir, y sentiré haber incomodado al Senado.

El señor ministro de MARINA: Señores, los tres individuos de la Unión liberal que han hablado han dado ataques más o menos fuertes a la marina; no es que me haya ofendido lo que han expuesto, pues lo único que me agravió fué lo que dijo el Sr. Calderón Collantes. (El Sr. Calderón Collantes: Pido la palabra para alusiones y rectificaciones.) El señor duque de la Torre ha manifestado que la marina no quiere obedecer a nadie más que a ellos mismos. (El señor duque de la Torre: No he dicho eso.) Así se ha entendido, y luego añadió S. S. que él la había dado ejemplo de lo contrario, aludiendo a la expedición de Veracruz que S. S. dispuso.

Señores, la expedición a Veracruz mientras estuvo en la mar la mandó el general Rulabaca, porque así es de ordenanza que suceda. En cuanto a Santo Domingo, si nuestros buques no han concurrido a ninguna acción naval, porque no los ha habido, en cambio han prestado utilísimos servicios conduciendo enfermos, víveres y pertrechos de guerra. (El Sr. Bermúdez de Castro pide la palabra.)

No diría más si no hubiera pedido la palabra el señor Bermúdez de S. S., habiendo de las administraciones políticas en que ha tomado parte, deducir que por haber estado el señor general Narvaez en desacuerdo conmigo no existía el partido monárquico. A esto contesto a una comparación que no es mía, sino de un señor senador a quien se la oí entonces mismo. Si un marido y su mujer riñen, y se pregunta: ¿dónde está la familia? No puede responderse más que en el marido y la mujer, así digo yo al Sr. Bermúdez: ¿dónde está el partido moderado? En el señor duque de Valencia y en mí. Por lo demás, yo siempre me he hallado en mi puesto y no he acudido sino cuando me ha llamado, pues no creo que nadie suponga ya ambición de mando en un hombre que ha sido seis veces ministro.

El Sr. Calderón Collantes es quien me dirigió el ataque que me ha ofendido, no precisamente por lo que dijo, sino por las retenciones que empleó, enseñándonos un libro y exclamando: «¿Aquí está a 32 y se ha comprado a 60?», dijo, ministro de Marina, ha distraído esos fondos, o por lo menos no ha tenido el cuidado que debías haber tenido. Yo le decía entre mí: ¿por qué el Sr. Calderón Collantes no mira el expediente donde todo consta certificado? Así su señoría no hubiera dado lugar a que los periódicos de su comunión, aprovechándose de sus palabras y de su inmundicia como senador, hayan podido hacer cálculos y reflexiones tan injustas como injuriosas para el ministro de Marina.

Si, señores, periódico ha habido que aumentando a su placer las toneladas ha supuesto un desfase de 50,000 duros, y gracias que no ha dicho un millón. Pues bien: yo concluyo asegurando que las toneladas fueron 1,500, y su importe ciento noventa y tantos mil reales. Vea el Senado si a un hombre como yo se le pueden hacer los cargos que la prensa le ha dirigido por una cantidad tan liviana.

El señor marqués de MIRAFLORES: El señor duque de la Torre, mi amigo personal, aunque adversario político, me ha hecho alusiones e imputaciones que no puedo dejar sin respuesta. Con voz esforzada dijo S. S. que yo había sostenido que la Unión liberal pretendía que el Estado era suyo. S. S. se equivoca, pues lo que yo dije fué que es menester que el que manda no crea que el Estado es suyo; y precisamente hoy no manda la Unión liberal.

También añadió S. S. que yo había cometido una gran falta política al dejar a la puerta de los ministerios mi opinión propia, porque los hombres públicos no deben subir al poder sino con sus propias ideas. Permítame S. S. que le conteste que eso no es mi doctrina; que hay circunstancias en que no conviene a los intereses del país que los ministros lleven a poder sus opiniones propias. S. S. mismo, cuya historia política es progresista, no llevó a la Unión liberal cuando fué ministro las soluciones de ese partido.

Preguntábame el Sr. Serrano por qué consideraba a la Unión liberal como partido y antes no. Lo dije porque no ha habido nunca partido político sino alrededor de una idea fija, y esa idea no la ha tenido la Unión liberal hasta que ha tomado el carácter de oposición violenta y constante.

El Sr. VICE-PRESIDENTE (duque de Veragua): Señor senador, han pasado las horas de reglamento.

El señor marqués de MIRAFLORES: Concluyo en seguida, señor presidente.

Dice el señor duque de la Torre que la Unión liberal combatía entre sus servicios el de haber contribuido a la reforma constitucional. Sobre esto no quiero insistir demasiado; pero podía presentar al Sr. Serrano si al menos la manera de reformar la Constitución fué pensamiento de la Unión liberal antes que salió del poder. Por lo demás, S. S. se ha felicitado de mi retirada del ministerio, y yo también me doy la enhorabuena, porque las espaldas de ese banco (señalando al ministerio) van siendo cada día mayores.

El Sr. VICE-PRESIDENTE (duque de Veragua): Se suspende la discusión.

El Sr. MARCHESI: Señor presidente, he sido desmentido por el que lo es del Consejo de ministros, y quisiera que se me oyera esta noche. (Varios señores señalan: Sí, sí.)

El Sr. VICE-PRESIDENTE (duque de Veragua): Tiene S. S. la palabra.

El Sr. MARCHESI: Señores, mi situación es bastante grave al tener que contestar al señor duque de Valencia. Era yo ministro de la Guerra, y S. S. no pensaba en ser poder cuando fui a despedirme a su casa con ocasión de su marcha a Loja; habíamos sobre la cuestión de Santo Domingo y la expedición que proponía el general Gándara, y S. S. me dijo terminantemente: «Es menester vencer, y luego dejarnos».

Yo podía haber variado algún tanto mis palabras.

porque ha pasado el tiempo; pero las conservo perfectamente en la memoria, porque ellas en su primera parte vinieron a robustecer mi opinión propia con la muy autorizada del señor duque de Valencia; y así es que en segunda parte a manifestarse a mis compañeros de Gabinete. Pues qué, ¿había yo de inventar una cosa semejante? ¿Cómo se atreve S. S. a desmentirme? Repito que fueron textuales palabras: «Vencer a los rebeldes y luego dejarnos» Yo soy incapaz de inventar nada. ¿Piensa S. S. que yo he de permitir que me desmienta, como ya lo hizo al Sr. Bermúdez de Castro el otro día? S. S. no pensaba antes como ahora; las palabras que entonces dijo son las que he manifestado y sostengo sin quitar una coma.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Pues yo también sostengo las palabras que dije, y no quito ni media coma de lo que he referido. El señor general Marchessi ha referido una conversación en la que manifestaba S. S. lo que se debería hacer en Santo Domingo. Yo hago una diferencia grande entre ser un soldado, como nos decía el señor duque de la Torre, a ir a Santo Domingo para hacer la guerra cuando no se trata más que de esto; el decir que estoy pronto a ir si se quisiese sujetar la rebelión, como lo haría si las Cortes determinasen que no se abandonara a Santo Domingo, a afirmar que mi opinión fuera hacer la guerra antes del abandono. En el primer caso, el más decidido, o tanto como el que más, sería yo.

Pero de decir que estoy pronto a ir a Santo Domingo que se deje luego, a decir que se debe hacer lo que el Sr. Marchessi supone que yo dije, hay una diferencia muy notable. Yo no he dicho lo que supone su señoría, ni podía decirlo: lo he casi demostrado, como se puede demostrar un asunto de esta naturaleza. Aquí no hay más sino que uno ha firmado una cosa y otro otra, y por eso resalta más el inconveniente de traer a este sitio conversaciones particulares.

He demostrado, como he dicho, cuál ha sido siempre mi opinión en este asunto. Cuando el Sr. Mon, presidente del Consejo de ministros, de que formó parte el Sr. Marchessi, me habló de esta cuestión, no para preguntarme si era conveniente tal o cual operación militar, sino para oír mi modo de pensar acerca de la conveniencia de abandonar o no abandonar la isla de Santo Domingo, le dije francamente que mi parecer era favorable al abandono; y manifesté también que era preciso, para cumplir con la opinión pública, obtener alguna ventaja, dar un golpe para mostrarnos fuertes antes del abandono, yo le dije que la fortaleza estaba en subir a esa tribuna a proponer la solución que uno conceptuara en su conciencia más útil y provechosa para los intereses del país, aunque para hacerlo hubiera que arrostrar la impopularidad más grande.

Esto dije al Sr. Mon y a los generales que he citado en los diferentes ministerios desde entonces se han sucedido. Mal, pues, podía hablar yo en distinto sentido con el señor general Marchessi. Si el señor Marchessi se equivocó en el modo de entenderlo, o se ha equivocado al explicarlo, eso no es culpa mía. Yo reitero que lo que he dicho es la exactitud, y que la coma está puesta en el sitio que es debido.

El señor duque de la TORRE: Pido la palabra para rectificar.

El señor VICE-PRESIDENTE (duque de Veragua): Lo haré V. S. mañana, pues ahora tiene que rectificar el Sr. Marchessi.

El Sr. MARCHESI: Es muy poco lo que tengo que decir. Se reduce a sostener que preguntándole el señor duque de Valencia en qué estado iba la cuestión de Santo Domingo, y diciéndole yo en tales y tales y tales circunstancias, S. S. me replicó: «A Santo Domingo, y luego dejarnos».

El señor VICE-PRESIDENTE (duque de Veragua): Siendo pasadas las horas de reglamento, se suspende esta discusión, la cual continuará mañana.

Se levanta la sesión.

Eran las seis menos cuarto.

## CONGRESO.

PRESIDENCIA DE SEÑOR CASTRO.

Sesión celebrada el día 20 de Enero de 1865.

Abierta a las dos, se leyó y fué aprobada el acta de la sesión anterior.

Juraron y tomaron asiento los Sres. Roselló, Calzada, Gual de Torrella y Massanet.

El Sr. POLANCO: Pido la palabra para después del despacho.

Se leyó la siguiente comunicación del señor presidente del Consejo de ministros:

«Excmo. Sr.: Siendo necesario que el Gobierno asista a las sesiones del Senado mientras dura la discusión de la contestación al discurso de la Corona, ruego a V. E. se sirva consultar al Congreso la suspensión de las sesiones hasta que aquella discusión haya terminado.»

Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid 20 de Enero de 1865.—El duque de Valencia.—Excmo. señor presidente del Congreso de los diputados.»

Al hacer la pregunta el señor secretario Moraza, dijo:

El Sr. POSADA HERRERA: Antes de decidir parece lo natural discutir el acuerdo, y por eso pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: El Congreso va a resolver, y para eso es la pregunta.

El Sr. POSADA HERRERA: Que sea nominal la votación.

El Sr. GARCIA GOMEZ: Y que no conste que se nos oye porque no se nos quiere dar la palabra.

Aprobada la petición del Sr. Posada Herrera por el número de reglamento, se procedió a la votación nominal, y dió el resultado siguiente:

Señores que dijeron sí.

Conde de Campomanes.—Moraza.—Chacón.—Valero y Soto.—Plá y Caneja.—Cardenal.—Ribó.—Orovio.—Page.—Belda.—Quintana.—Fernández Espino.—Morenos.—Marques de Premio-Real.—Alvarado.—Jove y Hevia.—Barón de Cortes.—Narciso Bravo.—Echevarría y Fuentes.—Ortiz de Zárate.—Lizaso.—Mayans.—Amblar.—Lora.—Brenon.—Batañero.—Ruiz Tagle.—Heredia y Livermore.—Saez de Liera.—Guilén.—Sanchez Ocaña.—García.—Barón de Alcañá.—Conde de Retamoso.—Polo.—Berrero.—Campo.—Berruete.—Moras.—Valero y Algora.—Albeche.—Herraz y Bedoya.—Duque de Frias.—Gómez González.—García Castañeda.—De Gabriel y Ruiz de Apodaca.—Torreclina.—Fontán y Crespo.—Segovia (D. Antonio María).—Marques de la Encarnación.—Negre.—Santa Cruz y Mugica.—Caballero.—Hurtado.—Marques de la Merced.—Benavides (don Trinidad).—Barona.—Silvia y Posadas.—Segovia (don Gonzalo).—Mayo de la Fuente.—Alvarez (D. Fernando).—Aguado y Vergara.—González Cárdenas.—Navarro.—Pablos.—Borja.—Ruiz Ibarra.—Marques de Montevirgen.—Marquina.—Brotón.—Conde de Heredia Spínola.—Reina.—Concha Castañeda.—Eguizabal.—Panchón y Macías.—Lorenzana (D. Rafael).—Gómez Inganzu.—Martínez Gurrua.—Rodríguez.—Conde de San Juan.—Molano.—Bayo.—Lopez Borreguero.—Díaz Pérez.—Fontán.—Roselló.—Conde de Llobregat.—Duque de Baena.—Vizconde de la Armería.—Florez Calderón.—Sanz.—González Reguerar.—Alzugaray.—Zaragoza.—Marques de Vallejo.—Aparisi y Guijarro.—Marfori.—Parra.—Brunet.—Gual y Torrella.—Massanet y Ochando.—Lopez Serrano.—Ródenas.—Suarez de Puga.—Pérez Zamora.—Lafuente.—Conde de Alpuente.—Rivas y Uriaga.—Señor presidente.

Total, 110.

Señores que dijeron no.

Torán.—Espada Novoa.—Marques de Figueroa.—Caro y Cárdenas.—Pérez Aloe.—Salaverría.—Bernar Camacho.—Riquelme.—Ibarra.—Alarcón.—Romero y Robledo.—Alvarez Lorenzana.—Suarez Llanos.—Modet.—Ardanaz.—Borrero.—Toro y Moya.—Saavedra Meneses.—Polanco.—Cassanueva.—Llanos.—Torre (D. Luis).—Lasaia.—Posada Herrera.—Zabalburu.—Barreiro.—Ulloa.—Romero Ortiz.—Lopez Dominguez.—García Gomez.—Marques de la Vega de Armijo.—Calzada.—Lopez Francos.—O'Donnell.—Rubin.—Santa Cruz.—Santónja y Crespo.—

Lafuente.—Medialdea.—Illas y Vidal.—Santiago (don Antonio de Jesús).—Campomanes.—Gambell.—Mendez Vigo.

Total, 45.

Los Sres. Saavedra (D. Gonzalo), Jimeno, Coello, Vastererra, Ruiz, García Barzañalana (D. José), Trápita y Osorno agregaron su voto a la mayoría.

El Sr. PRESIDENTE: En virtud de este acuerdo del Congreso, se suspenden las sesiones.

El Sr. POSADA HERRERA: Pido que conste en el acta que por qué no se nos ha dejado hablar....

El Sr. PRESIDENTE: No hay palabra: están suspendidas las sesiones y levantada la de hoy.

Eran las dos y media.

## PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. Santa Inés, virgen y mártir.

SANTOS DE MAÑANA. San Vicente, diácono, y San Atanasio, mártir.

## CULTOS RELIGIOSOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia parroquial de San Ildefonso, donde por la mañana habrá Misa mayor, y por la tarde vísperas solemnes al Santo Arzobispo, y reserva.

En la parroquia de Santiago se hará función a la gloriosa Santa Bárbara, con Misa mayor, manifestó y sermón, que predicará D. Eugenio Paños y Quintana.

Por la tarde habrá ejercicios con manifestó y sermón en San Millán, Servitas, Arrepentidas, San Ginés, Carmen Calzado, Caballero de Gracia, y en San Antonio del Prado predicará D. Pedro García San Juan.

Predicará por la noche en San Ignacio D. Ciriano Cruz, y en el oratorio del Olivar D. Victorio Medrano.

VISITA DE LA CORTE DE MARÍA. Nuestra Señora de Valvanera en San Ginés, ó la de la Piedad en San Millán.

Se reza de San Vicente, diácono, con rito doble de segunda clase y octava, haciéndose conmemoración de la Dominica.

## SANTOS DEL LÚNES.

San Ildefonso, Arzobispo de Toledo, y San Raimundo, confesor.

## CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta horas en la parroquia de San Ildefonso, donde por la mañana habrá Misa mayor con sermón, y por la tarde completas y procesión del Santo para reservar.

Se celebrarán también funciones a San Ildefonso en las Trinitarias, Sacramento, Caballero de Gracia y colegio de los Doctrinos, Carrera de San Francisco.

En las parroquias, San Isidro, capilla Real y capilla del Sino. Cristo de la Salud, habrá misa solemne a las diez.

Por la noche habrá ejercicios con sermón en San Ignacio y bóveda de San Ginés, y en el colegio de Niñas de la Paz y en Sta. Cruz se cantará la Salve con gran solemnidad a Nra. Sra. de la Paz.

VISITA DE LA CORTE DE MARÍA. Nuestra Señora de la Soledad, en San Isidro, en San Marcos ó en las Calatravas.

Se reza de San Ildefonso, Arzobispo de Toledo, con rito doble de primera clase y octava.

## PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra Señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

## MINISTERIO DE MARINA.

Dirección del personal.

Excmo. Sr.: Por el ministerio de Estado se dice en 12 del actual a este de Marina lo que sigue:

«Excmo. Sr.: El cónsul general de las ciudades anatólicas dice a este ministerio con fecha 29 de Diciembre último lo siguiente:

«El Senado de la ciudad libre y anatólica de Hamburgo me ha conferido el honorero encargo de hacerme cerca del Gobierno de S. M. la Reina intérprete de sus sentimientos de gratitud y aprecio por la noble y bizarra conducta del teniente de navío señor D. Eugenio Sanchez y Zayas, de la corbeta de guerra Narvaez, el que en la ribera de Canton amparó y salvó el buque mercante de la matrícula de Hamburgo *Malvina Vidal* del doble peligro de naufragio y de saqueo. Dicho jefe no se ha limitado a socorrer al buque y a la tripulación contra el furor de los elementos y los ataques de salvajes piratas que le rodeaban, sino que ha declinado toda recompensa con el que el agraecido capitán Kessal de la *Malvina Vidal* quiso brindarle.

El Senado de Hamburgo, conocedor de estos hechos tan frecuentes en los anales de la marina española, desea que la adjunta medalla de honor se entregue como recuerdo al distinguido oficial D. Eugenio Sanchez y Zayas, que tan acreedor se ha hecho a esta muestra de consideración; y por mi parte estimaría especialmente a V. E. tuviese a bien hacer pública la noble conducta de dicho jefe, y trasmitirle juntamente con la medalla la expresión de los sentimientos del Senado de Hamburgo.»

De Real órden comunicada por el señor ministro de Estado lo traslado a V. E. para su conocimiento, con inclusión de la medalla que se cita para que tenga a bien hacerla llegar a manos del interesado.»

Y deseosa la Reina de mostrar la satisfacción con que ha visto el comportamiento del teniente de navío Zayas, ha tenido a bien disponer se anote en su hoja de servicios el mérito que contrajo en el salvamento del buque mencionado.

De Real órden lo digo a V. E. para noticia de esa corporación y efectos correspondientes. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, 18 de Enero de 1865.—Armero.—Señor presidente de la junta consultiva de la armada.

Y deseosa la Reina de mostrar la satisfacción con que ha visto el comportamiento del teniente de navío Zayas, ha tenido a bien disponer se anote en su hoja de servicios el mérito que contrajo en el salvamento del buque mencionado.

De Real órden lo digo a V. E. para noticia de esa corporación y efectos correspondientes. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, 18 de Enero de 1865.—Armero.—Señor presidente de la junta consultiva de la armada.

Y deseosa la Reina de mostrar la satisfacción con que ha visto el comportamiento del teniente de navío Zayas, ha tenido a bien disponer se anote en su hoja de servicios el mérito que contrajo en el salvamento del buque mencionado.

De Real órden lo digo a V. E. para noticia de esa corporación y efectos correspondientes. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, 18 de Enero de 1865.—Armero.—Señor presidente de la junta consultiva de la armada.

Y deseosa la Reina de mostrar la satisfacción con que ha visto el comportamiento del teniente de navío Zayas, ha tenido a bien disponer se anote en su hoja de servicios el mérito que contrajo en el salvamento del buque mencionado.

De Real órden lo digo a V. E. para noticia de esa corporación y efectos correspondientes. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, 18 de Enero de 1865.—Armero.—Señor presidente de la junta consultiva de la armada.

Y deseosa la Reina de mostrar la satisfacción con que ha visto el comportamiento del teniente de navío Zayas, ha tenido a bien disponer se anote en su hoja de servicios el mérito que contrajo en el salvamento del buque mencionado.

De Real órden lo digo a V. E. para noticia de esa corporación y efectos correspondientes. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, 18 de Enero de 1865.—Armero.—Señor presidente de la junta consultiva de la armada.

Y deseosa la Reina de mostrar la satisfacción con que ha visto el comportamiento del teniente de navío Zayas, ha tenido a bien disponer se anote en su hoja de servicios el mérito que contrajo en el salvamento del buque mencionado.

De Real órden lo digo a V. E. para noticia de esa corporación y efectos correspondientes. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, 18 de Enero de 1865.—Armero.—Señor presidente de la junta consultiva de la armada.

Y deseosa la Reina de mostrar la satisfacción con que ha visto el comportamiento del teniente de navío Zayas, ha tenido a bien disponer se anote en su hoja de servicios el mérito que contrajo en el salvamento del buque mencionado.

De Real órden lo digo a V. E. para noticia de esa corporación y efectos correspondientes. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, 18 de Enero de 1865.—Armero.—Señor presidente de la junta consultiva de la armada.

Y deseosa la Reina de mostrar la satisfacción con que ha visto el comportamiento del teniente de navío Zayas, ha tenido a bien disponer se anote en su hoja de servicios el mérito que contrajo en el salvamento del buque mencionado.

De Real órden lo digo a V. E. para noticia de esa corporación y efectos correspondientes. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, 18 de Enero de 1865.—Armero.—Señor presidente de la junta consultiva de la armada.

Y deseosa la Reina de mostrar la satisfacción con que ha visto el comportamiento del teniente de navío Zayas, ha tenido a bien disponer se anote en su hoja de servicios el mérito que contrajo en el salvamento del buque mencionado.

De Real órden lo digo a V. E. para noticia de esa corporación y efectos correspondientes. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, 18 de Enero de 1865.—Armero.—Señor presidente de la junta consultiva de la armada.

Y deseosa la Reina de mostrar la satisfacción con que ha visto el comportamiento del teniente de navío Zayas, ha tenido a bien disponer se anote en su hoja de servicios el mérito que contrajo en el salvamento del buque mencionado.

De Real órden lo digo a V. E. para noticia de esa corporación y efectos correspondientes. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, 18 de Enero de 1865.—Armero.—Señor presidente de la junta consultiva de la armada.

Y deseosa la Reina de mostrar la satisfacción con que ha visto el comportamiento del teniente de navío Zayas, ha tenido a bien disponer se anote en su hoja de servicios el mérito que contrajo en el salvamento del buque mencionado.

De Real órden lo digo a V. E. para noticia de esa corporación y efectos correspondientes. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, 18 de Enero de 1865.—Armero.—Señor presidente de la junta consultiva de la armada.

Y deseosa la Reina de mostrar la satisfacción con que ha visto el comportamiento del teniente de navío Zayas, ha tenido a bien disponer se anote en su hoja de servicios el mérito que contrajo en el salvamento del buque mencionado.

De Real órden lo digo a V. E. para noticia de esa corporación y efectos correspondientes. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, 18 de Enero de 1865.—Armero.—Señor presidente de la junta consultiva de la armada.

Y deseosa la Reina de mostrar la satisfacción con que ha visto el comportamiento del teniente de navío Zayas, ha tenido a bien disponer se anote en su hoja de servicios el mérito que contrajo en el salvamento del buque mencionado.

De Real órden lo digo a V. E. para noticia de esa corporación y efectos correspondientes. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid, 18 de Enero de 1865.—Armero.—Señor presidente de la junta consultiva de la armada.

265 carneros que hacen 8388 libras de peso.  
179 cerdos degollados que hacen 42174 libras de peso.

PRECIOS DE ARTICULOS DE MAYOR Y MENOR EN LA DIA DE AYER.

Reales vellón arroba. Cuarto libra.

Carne de vaca. . . . . 50 á 57 18 á 24  
Id. de cerdo. . . . . 40 á 44 18 á 24  
Id. de ternera. . . . . 90 á 98 40 á 46  
Despojos de cerdo. . . . . 8 á 88 30 á 32  
Tocino añejo. . . . . 79 á 81 26 á 30  
Id. fresco. . . . . 79 á 81 26 á 30  
Id. en canal de ayer. . . . . 79 á 81 26 á 30  
Lomo. . . . . 130 á 144 51 á 60  
Jamón. . . . . 64 á 68 18 á 20  
Aceite. . . . . 40 á 48 12 á 14  
Vino. . . . . 42 á 62 16 á 24  
Pan de dos libras. . . . . 26 á 34 10 á 14  
Garbanzos. . . . . 20 á 38 8 á 10  
Avena. . . . . 19 á 23 8 á 10  
Lentejas. . . . . 7 á 8 2 á 3  
Carbon. . . . . 60 á 64 20 á 20  
Jabón. . . . . 5 á 7 2 á 3

PRECIOS DE GRANOS EN EL MERCADO DE AYER.

Trigo. . . . . de 42 á 50 Rs. Vn.  
Cebada. . . . . de 28 á 31 Id.  
Algarroba. . . . . de 29 á 32 Id.

Lo que se anuncia al público para su inteligencia. Madrid 20 de Enero de 1865.—El alcalde-corregidor, conde de Belascoín.

## Fondos públicos.

CAMBIO AL CONTADO.

Publicado. No publicado.

Títulos del 3 p. S. consolidado. . . Sin cupón. 45-20 y 15 e pequeños. 44-90 »

Inscripciones en el Gran Libro al 3 p. S. Id. 41-00 »

Títulos del 3 p. S. diferido. 41-00 »

Inscripciones en el Gran Libro. . . . . » »

Material del Tesoro preferente con intereses. . . » »

Idem no preferente, con intereses. . . » »

Idem sin intereses. . . » »

Participes legos convertibles a 3 p. S. . . » »

Idem del 4 y 5 por 100. . . » »